



TI 01/16

16/01/2016

Doctora
María del Pilar Ostos Cetina

LA PROYECCIÓN GEOPOLÍTICA DE MÉXICO: LA IMPORTANCIA DE SU PASADO IMPERIAL EN EL SIGLO XXI

Introducción

La pertinencia de esta investigación de carácter geopolítico acerca de México, deviene del interés que promueve el Centro de Estudios Superiores Navales (CESNAV) por afianzar y concretar propuestas de alto valor académico, que además de este importante componente, permitan aportar al quehacer mismo de la dirigencia política mexicana un alto grado de claridad en la elaboración, ejecución y direccionamiento de sus políticas de Estado. Logrando con ello resultados altamente redituables, no solamente en la solución de problemas inmediatos entre el conjunto de la sociedad mexicana, sino además, afianzar el camino hacia un mejor reposicionamiento de México tanto a nivel regional como internacional.

Otro de los objetivos primordiales de esta investigación consiste en elaborar una propuesta a través de la cual se analicen los rasgos geopolíticos de México, considerando como punto de referencia al período prehispánico, el cual muestra con suma claridad componentes propios que permiten la concreción de un auténtico pensamiento geopolítico de nuestro país a partir de criterios fundamentales como el territorio, pero también del actuar político de su clase dirigente en esta importante etapa de esplendor mexicana.

Bajo esta perspectiva, la elaboración de este tipo de análisis de corte geopolítico, pero a la vez geohistórico y prospectivo nos permite reflexionar también entorno a la existencia de un *pensamiento geopolítico* propio, lo mismo que nos permite visualizar la preminencia por alcanzar la construcción de una auténtica escuela geopolítica mexicana, tan representativa como se observa en el caso de algunos países europeos, anglosajones e incluso de algunos países sudamericanos.

De ahí que resulte pertinente destacar el invaluable compromiso y empeño que la Armada de México a través del CESNAV ha puesto para la construcción de una verdadera plataforma académica, centrada en los estudios geopolíticos en México, lo cual se refleja en las líneas de investigación que se siguen tanto en sus maestrías como en su doctorado, pero que además se reafirma con la creación reciente de su Especialización en Geopolítica.

De ahí que al reconocer el valioso impulso que se le ha dado a la geopolítica desde el ámbito de la Armada de México, otro aspecto a considerar y que se plantea como eje articulador de esta investigación, deviene precisamente del rescate de la *talasopolítica*. La cual ofrece una visión que contempla como relevante los asuntos entre el Estado y su condición marítima, más aún, cuando nuestro país resulta ser uno de los pocos y muy privilegiado por su condición bioceánica, lo que de entrada supone una enorme ventaja en materia económica y comercial, pero también diplomática y socio-cultural, lo cual nos recuerda la supremacía de México en todas sus etapas, comenzando por la prehispánica que fue capaz de posicionarse con total supremacía en el ámbito continental de entonces.



Por último, se propone que los resultados de esta reflexión hagan parte de esta necesidad de pensar y re-pensar a México bajo un criterio geoestratégico. Eso quiere decir, pensarnos orgullosos de nuestro potencial como país, pensarnos como el imperio que fuimos en el pasado, pensarnos como una nación con una extraordinaria cultura milenaria y además, re-pensarnos a través de las siguientes generaciones, seguros y orgullosos de lo que somos, dispuestos a corregir las imperfecciones que cualquier Estado-nación puede tener, y a su vez, ciertos en conducir hacia buen puerto los destinos de nuestra nación.

I. UN ACERCAMIENTO A LOS FUNDAMENTOS DE LA GEOPOLÍTICA

En términos sencillos, hablar de geopolítica significa, comprender la capacidad humana para encontrar aquellos recursos que le son necesarios para garantizar su propia existencia. El asunto es que esta condición de supervivencia humana no ha sido una tarea exclusiva de un solo individuo, sino que en ese proceso evolutivo de la raza humana, desde el neolítico hasta nuestros días, los individuos han tenido que aprender a agruparse como una forma de preservar sus vidas y de paso, establecer mecanismos para defender y asegurar aquellos elementos que le son inherentes a su sobrevivencia como son el alimento, la vivienda, las herramientas, las armas, las medicinas, etc.

En ese sentido, la posibilidad de demandar o incluso de carecer de esos mismos recursos que garantizan la sobrevivencia del grupo, conlleva a que se adopten un cierto tipo de medidas por parte de quien se asuma como líder o dirigente de esta comunidad. Considerando, según sean sus posibilidades, el desplazamiento hacia aquellos lugares cercanos o distantes, ya sea para negociar la adquisición de tales recursos o en su defecto, obteniéndolos al imponer su fuerza en el territorio recién conquistado.

De ahí que los problemas iniciales que se plantea la sobrevivencia humana, esos mismos que analiza de forma prioritaria la geopolítica, se relacionan directamente con el óptimo aprovechamiento del territorio. Definido este como la tierra, el suelo, el espacio geográfico, pero también el espacio político donde se posa una determinada *población* con la pretensión de sobrevivir y coexistir; convirtiéndolo en el componente primario y esencial donde se ubican las interacciones de *poder* que establece el hombre con su medio natural.

Retomando lo anterior, el territorio en sí mismo le va a permitir al Estado distinguirse de otros a partir de sus propios atributos, ya sea por su extensión como por su forma y por su posición geográfica. Características que influyen en el valor estratégico que adquiere el territorio de un determinado Estado con respecto a su ubicación en el planeta, aspecto que a su vez incide en su capacidad para producir o no recursos naturales, abundantes o escasos en función de su productividad y del valor comercial de su producción en los mercados tanto internos como externos. Con lo cual se demuestra una efectiva relación entre el territorio y el Estado, que desde una visión evolucionista y organicista como lo planteó en su momento Charles Darwin, lo convierte en un ente territorial que nace, crece y muere, por similitud a los vivientes¹.

Siguiendo con ese mismo enfoque, el político de origen sueco, Rudolph Kjellen, quien propuso en el ámbito académico acuñar por primera vez el término de Geopolítica a finales del siglo XIX, con la intención de referirse a una nueva *disciplina* encargada de estudiar al Estado como un organismo que habita y se desarrolla en función de su espacio territorial. De ahí que Kjellén opinara que, precisamente el suelo es el mismo que se encarga de proveer la materia prima y el sitio de

¹Carlos de Meira Mattos, *Brasil. Geopolítica e destino*, Rio de Janeiro, Livraria José Olympio Editora, 1979, p.4.



trabajo, mientras que el espíritu nacional, el sentimiento de valoración, en otras palabras, la capacidad de organización del Estado se encuentra fundamentalmente en su *población*².

Desde este punto de vista, dentro del Estado coexiste una población a la que se le puede considerar como el conjunto de identidades, sean estas diversas o similares, sobre un mismo territorio que se convierte en esa acumulación de símbolos de los cuales se dispone de forma permanente y materializada. El territorio es por sí mismo un símbolo o un icono, el lugar escogido para el establecimiento de lo que se denomina el “mito fundacional”, lo mismo que el recuerdo en la memoria que conserva la marca de los lugares creados con una cierta representatividad colectiva (vg. santuarios, monumentos, etc.) a partir de los cuales, surge el sentimiento de pertenencia a un espacio físico, convertido en el soporte que sustenta la identidad de un pueblo y por ende, la razón que explica la aparición en muchos de los casos de la *nación*.

Así, al materializarse por fin la creación de una entidad política, siendo el Estado su forma más destacada hasta nuestros días, el siguiente paso consistirá en definir esos mecanismos que van a permitir resguardar al territorio como a su población y al conjunto de los recursos que posee frente algún tipo de agresión externa, bajo lo que se denomina con el nombre de soberanía. De este modo, la soberanía no sólo se convierte en un instrumento jurídico mediante el cual se establecen los límites de la extensión del espacio terrestre o marítimo donde se posa el Estado, sino que además sugiere, la *institucionalización* de las formas de defensa y seguridad del territorio en el marco de las acciones que se le encomiendan a las Fuerzas Armadas del cualquier país.

Para los fines de esta investigación, queda claro que una condición primordial al momento de hacer geopolítica, consiste en definir y explicar con suma claridad el carácter tanto interno como externo que caracterizan a un actor con poder, sea este un reino, señorío, imperio o Estado, no sólo desde la perspectiva que le ofrecen inicialmente la *geografía*, la *historia*, la *sociología* sino otras áreas del conocimiento como son, sin duda alguna, el enfoque filosófico-político de donde se obtienen las ideas, las creencias y las máximas aspiraciones a partir de las cuales un grupo social, al amparo de su élite política, decide construir un proyecto en común para preservarse como parte de la historia.

La historia: una herramienta fundamental para la geopolítica

Considerando lo anterior, resulta oportuno preguntarnos ¿Qué relación mantiene la **historia** con la geopolítica? En términos sencillos, la historia sirve para observar como en un laboratorio, una sucesión de hechos tanto del pasado como del presente y probablemente del futuro acerca del hombre en sus distintas etapas, ya sea de forma solitaria o en comunidad, supliendo un conjunto de necesidades y exigencias, compitiendo y luchando por el poder como una forma de garantizar su sobrevivencia dentro o fuera de su espacio natural.

En este mismo sentido, la historia le permite a la geopolítica dilucidar el camino a través del cual se erige una comunidad política hasta transformarse en un Estado-nacional, reconocido por su misma presencia territorial en un punto de la geografía mundial; lo que pone de manifiesto, una vez más en el ámbito de la geopolítica, la importancia del territorio a partir de su evolución histórica y de su transformación a la par de los acontecimientos políticos que ha enfrentado la humanidad desde sus inicios hasta la actualidad. Prueba de ello es que para los antiguos, el territorio debió de consistir en algo natural, espontáneo y quizás desprovisto de algún valor, cuya relevancia se

² Pierre Celerier, *Geopolítica y Geoestrategia*, editorial Pleamar, Buenos Aires, 1983, p.10.



presentaría al momento en que el hombre se hizo sedentario y comenzó a sentirse propietario o con derecho de posesión del territorio o del espacio en que vivía, adquiriendo a partir de entonces un singular valor, ya fuera económico o de otra índole.

Eso explica que los pueblos primitivos no tuvieran la necesidad apremiante de definir sus fronteras. Ya que estaban constituidos en una especie de núcleos dispersos por la superficie de un planeta despoblado, las estadísticas más aceptables estiman la población de todo el globo en la época del nacimiento de Jesucristo, en 250 millones a 300 millones de habitantes. Cifras equiparables a la población actual de los Estados Unidos, sólo que dispersa por la faz de la tierra.

Con respecto al mayor núcleo de concentración poblacional, donde se generó la llamada civilización occidental, que comenzó con la creación de los primeros imperios de la mesopotámica (sumerios, babilónicos, hititas, egipcios, medos y persas); las rivalidades entre sus líderes, más que la necesidad de espacio, provocaron las primeras invasiones de los ejércitos imperiales que acabaron siempre esclavizando a los pueblos derrotados.

Más tarde, a partir del año 1000 antes de Cristo, se dio inicio a un prolongado conflicto entre el imperio persa y las ligas griegas. En esa época, que se extendió hasta el surgimiento del imperio romano, no se hablaba de frontera, lo que existían eran dominios imperiales, separados por enormes vacíos demográficos que se distanciaban unos de otros. De este modo fue como los romanos iniciaron su expansión y conquista de territorios en los años 500 antes de Cristo, teniendo como centro del poder a Roma, convertido en el lugar desde donde se avanzaba en esta campaña de dominio terrestre sobre los pueblos vecinos, pero a su vez logrando la ocupación de aquellas colonias marítimas como eran las griegas y fenicias instaladas en el mar Adriático y de Sicilia³.

Más tarde, durante la Edad Media, en Europa se produjo una gran división del espacio político continental. Aparecieron los principados, ducados, condados y feudos, todos con su señor, su ejército y sus habitantes feudados. Cada señor construyó su propia fortaleza o su castillo, cercado con anchas murallas, protegido por profundas cavidades cuyo acceso sólo era posible a través de un enorme portón precedido por un puente levadizo. Cuando esta estructura era amenazada, el señor junto con sus súbditos se encerraban al interior del castillo y ofrecían una obcecada resistencia, cuya victoria dependería del desgaste y de la retirada de los atacantes.

Tal vez la única fuerza centralizadora de tantos señores feudales fue la autoridad papal, capaz de llamar a la formación de ejércitos para las *cruzadas* contra los infieles que se habían apoderado de la ciudad santa de Jerusalén, al tiempo que se encargaron de fijar los límites territoriales a través de las llamadas bulas papales con las cuales se trazó, por ejemplo, las líneas geodésicas para delimitar los territorios designados tanto a los portugueses como a los españoles en las tierras del Nuevo Mundo.

En los llamados tiempos modernos, a partir del siglo XV, resurgió en Europa la autoridad real, sobreponiéndose al poder de los señores feudales, lo que dio inicio a las monarquías y con ello, al despliegue de las casas reales de España, Portugal, Francia, Inglaterra, Austria, Prusia y Rusia; cada una de las cuales se abalanzó sobre la pretensión de aumentar su poderío a partir de la adquisición de nuevos territorios, convertidos estos en colonias continentales o de ultramar.

³ Carlos de Meira Mattos, *Geopolítica y teoría de las fronteras*, Buenos Aires, Circulo Militar, 1997, pp. 28-29.



Años después con la Revolución Francesa apareció el concepto de Estado-nación y también del nacionalismo, entendido este último como el sentimiento colectivo de fidelidad a la nación, y no al señor, al papa o al rey, lo que daría lugar a una nueva reestructuración del poder en toda Europa a través del nacimiento de las nacionalidades. Por consiguiente, cada Estado-nación comenzó a preocuparse por cultivar un sentimiento de soberanía, atribuido a la posesión de un territorio para sí, a su defensa, como parte de la voluntad general de los ahora ciudadanos y ya no súbditos, quienes delegaban en sus gobernantes-civiles la conducción de los intereses de la nación. Fue en ese momento que aparecieron los derechos territoriales y la delimitación de las fronteras comenzó a revestir una importancia excepcional al convertirse en la base del establecimiento jurídico-político que encarna la soberanía nacional.

En términos generales, puede afirmarse que desde la Antigüedad hasta finales de la Edad Media, el territorio sólo fue considerado como sinónimo de superficie habitable y de dominio imperial. En adelante, con la llamada Paz de Westfalia (1648) que dio inicio a la creación de un sistema de Estados en el plano internacional, lo mismo que a un conjunto de revoluciones que como la francesa y la norteamericana contribuyeron a la consolidación del prototipo del Estado moderno, aparecen nuevos enfoques y perspectivas teóricas dentro de las cuales, la concepción del territorio adquiere una singular relevancia en términos de poder y de estrategia, no sólo como objeto de estudio de pensadores políticos de la talla de Montesquieu, Rousseau, Locke, Kant, entre otros, sino que además refiere una notable trascendencia para los geógrafos, los biólogos, los ingenieros, los arquitectos e incluso, los economistas a finales del siglo XIX y comienzos del XX hasta nuestros días.

Al respecto, el general francés André Beaufré, en su obra *Introducción a la Estrategia*, planteó un modelo muy interesante que sirve para establecimiento de lo que se denominan las etapas geohistóricas de la formación de los Estados. Cuyo punto de inicio se dio a partir de la formulación de un mito fundacional o de una filosofía, mediante la cual se establece el deseo de que se convierta en una entidad consolidada en términos políticos. Este mismo hecho permitió que en muchos de los casos, la formulación de las doctrinas, esas que pueden permanecer de forma perenne a lo largo del tiempo, se conviertan en la guía sobre la cual se construyen los cimientos futuros del Estado a través de múltiples estrategias, encaminadas todas a lo que vendría a ser la estructuración de lo que conocemos como la *política de Estado*; esa que marca el norte, el objetivo primordial, el destino mediante el cual, se proyecta el poder intrínseco de una nación desde su ser interno hasta alcanzar un lugar en el terreno de lo internacional⁴.

Un ejemplo que muestra con claridad esas distintas etapas de formación geohistórica de los Estados, se observa en el origen mismo de Estados Unidos a partir de la aparición de su mito fundacional, caracterizado por sus profundas raíces bíblicas de las cuales deviene el mesianismo de este pueblo catalogado asimismo la “tribu perdida de Israel” y por ende, “el pueblo elegido por Dios”. Siendo este el legado que motivó a los peregrinos (*pilgrims*) a enfrentar la travesía trasatlántica en la embarcación *Mayflower* en el año de 1620, que los conduciría en busca de las tierras prometidas en el Nuevo Mundo. Este mismo halo de superioridad de los llamados *padres fundadores* trascendería en el tiempo, de generación en generación hasta plasmar este mismo ideal mesiánico en lo que se conoce como la “doctrina Monroe”, cuyo contenido se sigue

⁴ André Beaufré, *Introducción a la Estrategia*, Buenos Aires, Editorial Struhart & Cia., 1982, pp. 28-29.



reafirmando y reivindicando en el actuar político, económico y militar de los estadounidenses en pleno siglo XXI.

La geopolítica como disciplina científica

Luego de explicar los fundamentos por los cuales aparece la geopolítica como parte de una cuestión práctica e inherente al sentido de sobrevivencia del hombre dentro de un espacio geográfico. Procedemos a continuación a plantear un bosquejo general que nos permita comprender los inicios de la geopolítica desde una perspectiva eminentemente científica, fincada en la implementación de un tipo de método del pensamiento estratégico acorde a las singularidades que presenta cada Estado en el mapa mundial.

En ese sentido, los antecedentes de la geopolítica como disciplina científica se localizan de manera, relativamente reciente, a partir de las reflexiones hechas por Montesquieu, quien se encargó de detallar la influencia del medio ambiente en la historia y en el gobierno, siendo este el centro del debate acerca de las diferentes posturas entorno a las condiciones intrínsecas que conserva el territorio, y sus implicaciones en el devenir de las nacientes sociedades de todo el mundo. De esta manera, el pensamiento determinista de Montesquieu con respecto al territorio y a la política influirá más adelante en la obra de otros reconocidos intelectuales como fueron los casos de Kant y Alexis de Tocqueville, cuyo legado será transmitido también entre los llamados clásicos de la geografía alemana como Kart Ritter y Fiedridch Ratzel, dedicados al estudio de las interrelaciones entre sociedad (naturaleza humana) y el medio ambiente (naturaleza física).

Cabe resaltar además la labor emprendida por el científico alemán Alexander Von Humboldt, quien a comienzos del siglo XIX se trasladó desde Europa a los territorios del Nuevo Mundo, entre ellos a la Nueva España (México), para reconocer la impresionante riqueza natural que se albergaba en varias de estas posesiones españolas. Un hecho en el que se destaca la formulación de un método encargado de sistematizar geográficamente la historia, el territorio y su relación con los criterios políticos manifestados por la élite colonial del momento.

Casos como los anteriores, contribuyeron enormemente a justificar las bases institucionales de la Geografía Política como disciplina universitaria y no universitaria, a partir de la promoción de cátedras, sociedades geográficas, revistas, congresos internacionales, expediciones científicas, siendo este el marco idóneo para la conformación de las primeras escuelas geográficas nacionales, cada una con el apoyo de sus respectivos gobiernos, destacándose la escuela alemana, seguida por la británica, la francesa y la norteamericana, sin excluir a la escuela rusa.

En este sentido, la singularidad que mostró la escuela alemana con respecto a los estudios sobre el territorio adquieren una connotada relevancia de la mano de Friedrich Linz, quien se ocupó de estudiar ciertos elementos valorizadores del territorio con miras al logro de la unificación alemana a partir del trazado de las vías de comunicación y del afianzamiento del sector industrial. Por su parte, Ratzel desarrolló aun más la concepción política del espacio mediante la noción del *politisches raum* (espacio político) y la del *lebensraum* (espacio vital), haciendo que ambos conceptos dejaran de manifiesto la existencia de una relación entre la amplitud de un determinado territorio y las posibilidades vitales del Estado que lo ocupa, apoyándose en las teorías evolucionistas de Darwin y organicistas sobre el Estado que formuló Hegel⁵.

⁵ Lorenzo López Trigal y María Paz Benito del Pozo, *Geografía Política*, Madrid., Ediciones Cátedra, Madrid, 1999, p. 31.



En sus contribuciones teóricas sobre el territorio, Ratzel quien también estuvo estudiando a detalle y de forma presencial el territorio mexicano entre los años 1874 y 1875, propuso siete leyes del crecimiento espacial de los Estados: 1) el tamaño de los Estados aumenta con el crecimiento de la cultura, 2) el crecimiento de la población precede al crecimiento del Estado, 3) este crecimiento resulta de la anexión de muchas unidades en un sólo agregado, 4) la frontera es el órgano periférico del Estado, 5) en su crecimiento y evolución el Estado compite por las posiciones políticas más favorables, 6) los primeros estímulos al crecimiento espacial de los Estados proceden del exterior, 7) la tendencia general hacia la anexión de territorios es transmitida de Estado a Estado, y continuamente se incrementa con mayor intensidad⁶.

Frente a esto, la concepción ratzeliana considera que las ambiciones sobre el territorio son fundamentales para la prosperidad y el desarrollo de cada Estado, de forma tal que no resulta posible concebir “un gran Estado sin un gran espacio”. Contrariamente, Robert Strausz-Hupé de origen estadounidense, consideró que un gran espacio no siempre ha proporcionado al pueblo que lo ha disfrutado un poder superior; pero siempre que un gran espacio fue organizado en su totalidad por un Estado, las pequeñas naciones no han sido capaces de resistir la fuerza expansiva del gran vecino⁷.

Por sí sólo, el tamaño del territorio no supone poder. Más bien, el establecimiento de un dominio centralizado sobre un amplio espacio territorial crea un cierto temor frente al resto de los Estados, vecinos e incluso distantes. Sin embargo, aparecen en la escena internacional Estados-islas como resulta ser el caso de Inglaterra o de Japón, que ocupan un espacio menor de territorio, a quienes les resulta mejor las pequeñas comodidades de un rincón seguro, rodeado de mar frente a los enormes desafíos que implica la defensa y control de enormes franjas de territorio continental como le sucede a México tras considerar su relevante su condición bioceánica y de cercanía frente al Coloso del Norte (Estados Unidos).

Ante esta serie de criterios geopolíticos sobre el expansionismo y la contracción de los Estados, aparecerán otros que complementan la dinámica de transformación de los espacios tanto terrestres como marítimos. Este último abordado de forma puntual por parte de la “talasopolítica”, que alude, con sus dos componentes (thálassa, ‘mar’ y politiká, ‘las cosas relativas al Estado’) al estudio del espacio marítimo como componente territorial de un Estado o como ámbito de la jurisdicción estatal y su relación con la toma de decisiones; siendo entonces la concepción de la talasopolítica, un criterio olvidado pero también necesario de ser rescatado como parte del diseño para la proyección geopolítica de México a través de sus distintas y muy relevantes etapas de su geohistoria, logrando hacer un énfasis muy particular en lo que a continuación se refiere al período mexica⁸.

⁶ Friedrich Ratzel, *Desde México. Apuntes de viaje de los años 1874-1875*, México, Editorial Herder, 2009, pp. 16- 32.

⁷ Robert Strausz-Hupé, *Geopolítica. La lucha por el espacio y el poder*, México, Editorial Hermes, p. 213.

⁸ Enrique Aramburu, “La talasopolítica: fundamentos de una disciplina”, en el *Periódico del CEID*, Buenos Aires, Octubre-Diciembre, 2004, p. 6.



II. LA BÚSQUEDA DE LAS RAÍCES GEOPOLÍTICAS MEXICANAS: SU EXPLENDOR IMPERIAL EN LA ETAPA PREHISPÁNICA

La creación del mito fundacional

Cuando el hombre apareció sobre la faz de la tierra, una de sus primeras hazañas consistió en luchar contra los animales para lograr su supervivencia; lo mismo que contra los de su misma raza, quizás por la posesión de una caverna o por algún alimento. Más adelante, cuando ese primer hombre empezó a vivir en compañía de otros se estableció lo que conocemos como tribus, algunas de las cuales se especializaron en la caza, la agricultura, la pesca o el pastoreo. Sin embargo, las diferencias entre una tribu y otra por el predominio sobre un determinado recurso, ya sea natural, humano o sobrehumano en alusión a la defensa de sus dioses, daría paso a las disputas que en muchos de los casos concluirían en el terreno de lo que conocemos como la guerra.

Al respecto, Daniel Gutiérrez, en su obra *Historia Militar de México*, argumenta que “desde los albores de la civilización, el hombre lucha, y la guerra va haciéndose parte integral de su existencia y avanza de forma paralela a su progreso”; haciendo que las situaciones de conflicto, en varios de los casos, terminen favoreciendo el anhelo de emancipación y autodeterminación de un grupo social inspirados en el contenido épico de lo que se conoce como su mito fundacional⁹.

En el México prehispánico, la idea del mito fundacional se inició con la descripción de los acontecimientos que enfrentaron los pobladores conocidos con el apelativo de “aztecas”, al ser expulsados Aztlán, su lugar de origen. Al que además se le catalogaba como “el país del amanecer”, “la tierra rodeada de agua” y también el “lugar de las garzas”, ubicado geográficamente, según la opinión de algunos expertos, en la costa noroccidental entre lo que vendría a ser el actual territorio estadounidense y mexicano, considerado una especie de isla lacustre en la que coexistían distintas tribus representadas en las siete cavernas. No obstante, la difícil situación que llegaron a enfrentar estas tribus aztecas, incidió para que dentro de estas la tribu de los “mexicas”, nombre conferido en honor a su héroe tribal Mexitli, se viera obligada a emigrar en busca de la “tierra prometida” por el que fuera su dios Huitzilopochtli.

Según los registros históricos, la travesía de quienes salieron de Aztlán en el año de 1168, concluyó en el año 1325. Luego de un prolongado recorrido en el que los mexicas convivieron con otros pueblos y culturas hasta llegar al “lugar de destino” para la fundación del que sería en adelante su propio reino. Se trataba de un territorio ubicado en el centro de lo que actualmente se conoce como el Valle de México, cercano a la ribera occidental del lago Texcoco, donde se localizaba una pequeña isla que para su acertada identificación debía de poseer una planta de nopal y sobre esta un águila devorando una “serpiente con plumas de quetzal” (Quetzatcoal), convirtiéndose para los mexicas en el “ombligo o centro precioso”, en ese lugar sagrado y seguro designado por su dios protector.

A este mito se le podría considerar como el relato del lugar de origen y del “país más allá del mar”, tras su salida de Aztlán. El sitio donde los mexicas en honor a su sacerdote-guía, Ténoch, comenzarían a edificar la ciudad lacustre de Tenochtitlán en medio de un islote en plena laguna, una situación que en principio se tornó precaria obligándolos a construir como medio de

⁹ Daniel Gutiérrez Santos, *Historia militar de México 1325-1810*, México, Ediciones Ateneo S.A., 1961, p. 10.



subsistencia y comunicación, terraplenes en los bajos de la laguna uniendo su isla con los islotes aledaños a través de diques que vendrían a ser como grandes avenidas, lo mismo que canales, chinampas y acueductos que harían parte de esta civilización imperial con magníficos diseños en ingeniería y arquitectura hidráulica como se muestra en la siguiente imagen de la Gran Tenochtitlán¹⁰:



Fuente: Foto del Museo Histórico Naval de Veracruz, Secretaria de Marina, Veracruz (México).

Hacia la construcción del imperio mexica

Sobre este mismo aspecto, Walter Krickberg a través de su libro *Las antiguas culturas mexicanas*, afirmó que en un principio los mexicas se habían configurado como una “pequeña aldea de pescadores, satisfecha con su única fuente de agua potable y con sus canoas para comunicarse con las riberas del lago. Sin embargo, con el aumento de la población, se hizo necesaria la comunicación y el intercambio comercial con los poblados vecinos, que habían dejado de ser enemigos para convertirse en aliados o súbditos”¹¹.

Así, entre los lugares más próximos a la nueva ciudad lacustre se encontraban Tlatelolco (Tlatelli), cuyos habitantes se encontraban mucho antes de la llegada del pueblo mexica, lo mismo que las localidades en tierra de Tacubaya y Chapultepec, cercanas al conjunto de cinco importantes lagos comenzando por Texcoco, Xochimilco, Chalco, Xaltocan y Zumpango.

Por su notable desarrollo en el pasado, aun se destacaban como importantes las vecinas ciudades-estado de Teotihuacán, designada como “el lugar donde los hombres se hacen dioses”. Y que en opinión del geopolítico mexicano Leopoldo González Aguayo, se trató de una de las urbes más dinámicas de toda la “América central” (Mesoamérica), habitada por un número creciente de pobladores, distribuidos en barrios, algunos de estos bajo la característica de “barrios cosmopolitas”, donde se alojaban quienes migraban desde otros lugares atraídos por el *vanguardismo* de la época, no sólo en materia arquitectónica e hidráulica, sino también en otros campos como el religioso y político que le dieron, sin duda alguna, tan connotado reconocimiento a esta importante urbe.

¹⁰Germán Vázquez, *Origen de los Mexicanos*, Madrid, Historia 16, 1982.

¹¹Krickberg Walter, *Las antiguas culturas mexicanas*, México, FCE, 1990, p. 50.



La otra espléndida ciudad-estado fue la de Tula o Tollan, catalogada la “ciudad entre los tules”, misma que fue convertida en la esplendorosa capital del pueblo tolteca, cuyo mayor ascenso coincidió con el período Postclásico de los mayas (1200-1450 d.C.)¹².

De este modo, y ante la irremediable necesidad de los mexicas por asegurar el aprovisionamiento esencial de las proteínas para su creciente población, una de las primeras estrategias de su dirigencia consistió en optimizar el suelo lacustre a través de las *chinampas*. Consideradas como el conjunto de áreas fértiles para el cultivo de flores y hortalizas sobre el lago, que además contribuían al sistema de irrigación de los campos destinados al cultivo de alimentos esenciales para el consumo humano como eran el maíz, el frijol, el tomate y la calabaza.



Fuente: Foto de las chinampas, Museo Histórico Naval de Veracruz, Secretaria de Marina, Veracruz (México).

Si bien se podría hablar en ese momento de una especie de aseguramiento de las fuentes alimenticias entre los pobladores mexicas, lo cierto fue que su acelerado crecimiento los llevó no sólo a ocupar nuevos espacios geográficos sino además hizo que la élite gobernante de la Gran Tenochtitlán optara por incrementar su intercambio comercial con los señoríos vecinos, perfilando lo que vendría a ser un interesante *sistema de alianzas* tanto en el plano comercial como político y militar.

En el terreno de lo comercial, ciertamente se inició un intenso intercambio entre los mexicas y el resto de señoríos que, en cuestión de alimentos, según Krickerber estuvo presente en la demanda, por ejemplo del tlixcalli (tostadas), provenientes de Tlaxcala, (la ciudad de los panaderos), donde años después con la llegada de los españoles se intentarían remplazar el consumo de dichas “tortillas” por la ingesta de pan. Esto propició también el consumo de tamales (tamalli) elaborados con masa de maíz, atoles o sopas de harina (atolli) y del pozol, elaborado como un tipo de bebida refrescante que se empleaba en los largos viajes, al igual que el chocolate (cocóatl), bebida fría que se batía con un molinillo y se aderezaba con vainilla y miel de colmena.

¹² Leopoldo González Aguayo, “reflexiones sobre las atapas geopolíticas y la política exterior: el modelo mexicano. Un ensayo de periodización de la geohistoria”, en María de Consuelo Dávila Pérez y Rubén Cuellar Laureano (coord.); *La política exterior de México y sus nuevos desafíos*, México, UNAM-Plaza y Valdés, 2008.



Con respecto a la demanda de sal, los mexicas tuvieron el privilegio de tenerla al alcance de sus manos, ya que el Lago de Texcoco depositaba en tiempos de sequía una gruesa capa en sus riberas. Situación que no fue la misma para los pobladores de Tlaxcala, quienes ante la ausencia de este *estratégico* recurso en sus lagos, se vieron obligados a negociar la obtención de sal con los cada vez más prestigiados comerciantes mexicas, siendo este uno de tantos motivos que terminarían por alentar las disputas entre estos dos reinos aún con la presencia de los españoles a partir del año de 1521¹³.

Debido a la mención que hemos hecho de Tlaxcala, conviene indagar con mayor precisión la importancia geoestratégica de este lugar en los planes de expansión comercial de los mexicas en dirección a algún litoral del lado del sureste. Por ser precisamente el territorio tlaxcalteca una especie de “obstáculo geopolítico” en los planes de expansión de los reinos vecinos, tal como le sucedió tiempo atrás a los teotihuacanos y a los toltecas, quienes ante la imposibilidad de someter este señorío, optaron por rodearlo para avanzar en el desarrollo de sus planes de ampliación de su espacio vital como le denominaba Ratzel; siendo esta una situación que nos sitúa frente a lo que se conoce en geopolítica como un clásico “Estado tapón”¹⁴.

En medio de esta situación, los mexicas optaron por otro tipo de estrategia, al ejercer una permanente presión sobre la urbe tlaxcalteca, lo que trajo consigo la implementación de un avanzado *sistema de alianzas* con la finalidad de contrarrestar el poder de este, su principal adversario. Situación misma que permitió la consolidación de un original mecanismo de lealtades entre el centro de poder y cada uno de los nuevos señoríos que se fueron incorporando a este arquetipo de confederación como se observa a continuación, convirtiéndose a la postre en el fundamento del actual modelo federativo en nuestro país¹⁵:

¹³ Krickerber, *op.cit.*, p. 29.

¹⁴ La función primordial del Estado tapón consiste en separar un sistema de otro a partir de la ubicación sobre las mismas líneas fronterizas. Al respecto, se sugiere el artículo de Leopoldo González Aguayo, “Geopolítica europea y estados “tapón”, en Revista *Relaciones Internacionales*, México, Centro de Relaciones Internacionales, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, vol. XII, septiembre a diciembre, 1990, p. 24.

¹⁵ Para el Tte. Daniel Gutiérrez, la Confederación mexicana o del Anáhuac estuvo conformada por los reinos de la meseta central Tenochtitlán, Tlacopan y Acolhuacán, en segundo término el reino de Michoacán y las repúblicas de Tlaxcala, Cholula y Huexotzingo, además de un conjunto de señoríos sujetos a los reinos anteriormente mencionados. Gutiérrez, *op.cit.*, p. 10.



Fuente: Mapa de la Triple Alianza. Museo Histórico Naval de Veracruz, Secretaria de Marina, Veracruz, (México).

De este modo, la ampliación del *espacio vital* de los mexicas llegó a incluir hasta 38 provincias tributarias, las cuales eran custodiadas a través de un sistema de *guarniciones* localizadas en puntos estratégicos en dirección al sur del golfo hasta lo que vendrá a ser el llamado país de los Mayas. Esto permitiría a su vez implementar un dispositivo de seguridad sobre la llanura atlántica tan importante desde el punto de vista comercial, que los mexicas llamaron Anáhuac Xicalanco (al borde del agua), una palabra náhuatl para referirse a la “costa marítima”, y que una vez transferida a los geógrafos europeos, erróneamente la vincularon con el paisaje del altiplano montañoso del interior de México¹⁶.

Existían también guarniciones en el punto de partida desde la vía principal hacia el Anáhuac Ayotlan (la costa del Pacífico) cerca de Tehuantepec, lo que incluía puestos de guardia en Oaxaca y en la región del Xoconochco (soconusco), en el actual estado de Chiapas, en la frontera con Guatemala. Una vez fueron descubiertas estas dos rutas de acceso hacia el Atlántico y el Pacífico, las expediciones comerciales y guerreras que se dirigían más allá de la meseta central, se plantearon como objetivo inmediato el aseguramiento de materias primas de enorme demanda como son el maíz, tabaco, cacao, algodón, pieles de jaguar, plumas multicolores, piedras y metales preciosos (cobre y oro), resina de copal, caucho; convertidos en auténticos recursos estratégicos de la época en las recién descubiertas regiones “extranjeras”¹⁷.

Bajo este criterio de localización de puntos geoestratégicos para la vigilancia y control de las tierras recién incorporadas al imperio, cabe mencionar la importancia de las colosales pirámides. Al respecto, uno de los pioneros de la geopolítica mexicana, Jorge Vivó, en el libro *México prehispánico*, destacó el gran potencial y similitud de las culturas mexicanas con respecto a otras como fueron los casos de la civilización egipcia y mesopotámica, las cuales durante la misma época mostraron impresionantes avances en ingeniería y arquitectura aplicada a la construcción de

¹⁶Sobre estos datos relacionados con lo marítimo, se recomienda la investigación de Emiliano Melgar Tísoc, “Tecnología marítima prehispánica en los contactos intra-oceánicos Andes-Mesoamérica”, México, Escuela Nacional de Antropología, 2009.

¹⁷Pablo Moctezuma Barragán, *Moctezuma y el Anáhuac*, México, Editorial Limusa, 2004, p. 20.



enormes pirámides, vistas en la actualidad como el prototipo de *rascacielos* diseñados para demostrar la grandeza, la superioridad, el ingenio y en muchos de los casos, el sentido de devoción y religiosidad de su élite hacia sus propias deidades.

Varias de estas pirámides fueron además convertidas en auténticos observatorios para el estudio de los astros en el firmamento, al tiempo que cumplían la función de “centinelas” para la vigilancia de su entorno territorial. Un ejemplo que muestra con claridad esta última función en materia de seguridad, se percibe a través de la importancia que alcanzó la *pirámide del sol*, elaborada por la diestra cultura Teotihuacana y considerada una de las de mayor tamaño a nivel mundial, sólo superada en términos de altura por la propia pirámide egipcia de Keops¹⁸.

Los rasgos característicos de la élite mexicana

Hasta este momento queda claro que un factor determinante en el quehacer geopolítico recae, primordialmente, en el liderazgo que asumen uno o más individuos con *poder* para establecer y proyectar, aquellos intereses que le son vitales al espacio político y social que representa. Situación misma que nos lleva a reflexionar acerca del perfil de quienes son los “elegidos” para encabezar la construcción del proyecto político, ya sea por voluntad propia, linaje o designio divino.

En esa elección para escoger al individuo mejor preparado para dirigir los destinos de una determinada comunidad, influyen de manera decisiva los rasgos psicológicos que inciden en su propia personalidad. Un aspecto que se cimenta a temprana edad y que repercute hasta la madurez a partir de un conjunto de valores, costumbres, creencias, ideologías y experiencias por las cuales se forja el carácter mediante el cual cada persona busca ocupar, dependiendo el caso, un lugar relevante o no, en que sea su espacio natural.

Considerando lo anterior, seguramente habría mucho que indagar acerca de la personalidad que tuvieron cada uno de los cuatro mayordomos (sacerdotes) que acompañaron el desplazamiento masivo de los pobladores que salieron de Aztlán hasta el lugar prometido. Siendo, por ejemplo, el sacerdote Ténoch quien en definitiva, marcó un antes y un después en el devenir histórico del pueblo mexicana. Situación que también podríamos analizar a la luz de las acciones que emprendió Moisés en su momento, cuando por mandato divino fue el elegido para liderar la salida del pueblo judío desde Egipto en busca de la tierra prometida bajo el nombre antiguo de la Palestina¹⁹.

¹⁸ Con respecto a la *cultura Teotihuacana*, según lo afirmaba Vivó, puede ser considerada como el eje de la historia mesoamericana durante el clásico temprano, siendo el primer fenómeno urbano a gran escala que registra la historia prehispánica, alcanzando a concentrar más del 50% de la población de la Cuenca de México, con una población que fluctuaba entre 40,000 y 200,000 habitantes. Fue el centro de peregrinación por excelencia, el lugar donde se crearon el tiempo y el espacio sagrados; en suma, el arquetipo de ciudad civilizada. No obstante, su colapso en el clásico tardío, se dio ante el reordenamiento de los círculos de poder, y un proceso de establecimiento de unidades políticas en lugares como Cholula, Xochicalco, Tula, el Tajín; los centros mixtecos en la sierra; Monte Albán en Oaxaca; los centros Puuc en el occidente de Yucatán; el Petén encabezado por Tikal, etc. lo que llevó a una fragmentación del territorio en reinos separados o independientes, una serie de unidades políticas pequeñas en competencia ante el vacío de poder centralizado que tiempo después vendría a ser ocupado por los *mexicas*. Al respecto se sugiere ver Jorge Vivó (coord.), *México prehispánico*, México, Editorial Emma Hurtado, 1935.

¹⁹ Sobre el asunto de los dioses, López de Gómara comenta que para los cronistas del México antiguo se llegó a calcular una cantidad de no menos de dos mil deidades entre los mesoamericanos. Siendo estas deidades representadas en los rostros de elementos naturales como el agua, el aire, la tierra y el fuego, espacios como los cerros, los ríos, fenómenos como los rayos o la lluvia, animales, plantas y hasta objetos, tales como los instrumentos musicales, podían ser dioses o receptáculos de fuerzas divinas. Incluso, algunos individuos, esclavos o cautivos de guerra, pero también sacerdotes o dirigentes “poseídos” por alguna deidad, podían llegar a ser “imagen” o “representante” de los dioses, ya fuese en determinado momento o durante toda su vida. Al respecto se sugiere la lectura de Francisco López de Gómara, *La conquista de México*, Madrid, Edición de José Luis de Rojas, 2000.



Pero volviendo al asunto de los mexicas, una vez en establecidos sus pobladores en la entonces Tenochtitlán, comenzaron a establecerse en cuatro grandes barrios (calpulli), cada uno administrado por alguno de los miembros de la familia real. De manera que el término “real”, nos lleva a plantear la existencia de una especie de monarquía en la que la elección del tlacatecutli (príncipe de príncipes) o tlatoani (orador), dependerá de los vínculos de consanguinidad con el antiguo caudillo de la tribu o en su defecto, en su condición de hijo, hermano mayor o menor del finado rey mexica²⁰.

Entre quienes integraban la élite que acompañaba al tlatoani, se destaca la presencia de funcionarios de alto nivel conocidos con el apelativo de cihuacóatl. Además de sacerdotes y militares que tuvieron toda suerte de privilegios comenzando por acceder a institución educativas de alto nivel como era el calmecác; además de poder habitar aquellas casas de dos pisos; incluso vestir ropas lujosas de algodón; obtener algún tipo de usufructo de las tierras adquiridas, portar adornos hechos con finos metales, entre otras posibilidades al alcance de quienes pertenecían a la élite política de la época²¹.

Con respecto a la escogencia del tlatoani, no era suficiente con que este cumpliera a cabalidad con los requisitos de consanguinidad antes mencionados, sino que además implicaba que demostrara públicamente sus dotes como guerrero. Un hecho que le significaba capturar con sus propias manos a alguno de sus adversarios para posteriormente ofrecerlo en sacrificio durante las fiestas de su coronación, lo que al final contribuía enormemente a “legitimar” su elección frente a su pueblo y lo ubicaba como el más apto en esa selección natural, según Darwin, encargado de liderar el destino del naciente imperio mexica.

Otro de los aspectos más relevantes en la formación de estos futuros líderes de la élite mexica, según lo comenta Krickerberg, parte del establecimiento de un modelo educativo con tintes “espartanos”, pensado para instruir a una clase política de guerreros tal como se refleja en las imágenes del Códice Mendoza, en el que se ilustra el castigo corporal, las palizas, los arañazos con púas, las humaredas con chiles o el encierro en cuartos oscuros; pero también se muestran imágenes en las que aparece un padre instruyendo a su hijo para apartarse del ocio y de vicios como la embriaguez y el robo, todas estas convertidas en prácticas socialmente aceptadas para la formación disciplinaria de los futuros integrantes de la milicia imperial.

Existían también las *casas de los sacerdotes*, escuelas destinadas a la formación de los hijos de la élite, donde eran educados para ocupar los más altos cargos en la administración monárquica. Un aspecto que nos recuerda la encomienda que tiempo después se le confiará a la iglesia católica con la finalidad de preservar una “descendencia sana”, capaz de resistir en medio de cualquier acto que suponga un daño o perturbe su integridad moral como colectiva.

La instrucción militar mexica

En consonancia con el modelo educativo antes señalado, se afirma que el lugar idóneo para la instrucción militar de la élite se presentaba en el calmecác, al que acudían los varones de la nobleza, mientras que los plebeyos eran instruidos en el telpochcalli. En ambos planteles, los alumnos estaban sometidos a una rigurosa disciplina que incluía entre otras cosas levantarse con el alba para cumplir con las funciones de limpieza y posteriormente concentrarse en las clases sobre

²⁰ Krickerberg, *op.cit.*, p. 81.

²¹ *Ibid.*, p.15.



historia de sus antepasados, aritmética, astrología y cronología, lo que se complementaba con el adiestramiento de las armas²².

De cierta manera, la instrucción militar obtenida en el calmecác podría considerarse como el antecedente más remoto de la Infantería de Marina, ya que quienes lograban sobresalir por sus habilidades guerreras eran enviados, extra fronteras de la Gran Tenochtitlán para conseguir el gran trofeo que consistía en enfrentarse y derrotar al “dragón de las aguas”, vencerlo en combate, alcanzando el título de “caballeros cipactlis”, al competir utilizando como medio de desplazamiento el agua, tanto bajo ella como en su superficie²³.

De ahí que el prestigio de las escuelas en formación militar se convierta, aun en la posteridad, en un referente fundamental en el diseño de los planes de seguridad y defensa territorial por parte de los gobiernos en turno. No en vano que, el tlatoani fuera también investido con el honroso título de Generalísimo de todos los ejércitos de la Confederación Anáhuac y de las fuerzas aliadas, por sus destacadas campañas tanto ofensivas como defensivas en el ámbito terrestre como acuático; una distinción que coincide con la de “Comandante Supremo de las Fuerzas Armadas”, que actualmente se le designa a la figura del Presidente de la República.

Entre tanto, los máximos dirigentes del ejército fungían como miembros directos de la nobleza, siendo los dos oficiales de mayor rango por lo general parientes cercanos del rey y presuntos sucesores suyos. Al tiempo que se les condecoraba a los más destacados con el mérito de caballeros águilas y tigres, conformando una especie de orden, algo similar a una tropa de élite, cuyo principal privilegio era combatir en contra de los prisioneros destinados al sacrificio en las fiestas-ritual²⁴.

Con respecto al número de efectivos en sus regimientos, según los cronistas, la cifra llegó 150,000 hombres al momento en el que arribaron las tropas españolas al territorio de la actual Veracruz; un número conformado además por los grupos auxiliares reclutados entre las tribus leales y las subyugadas. Generalmente, las campañas de guerra que se emprendían se efectuaban tras una declaración formal en medio de un ceremonial, parte de lo cual implicaba la unción del enemigo, con el fin de considerarlo simbólicamente muerto y vigorizar su cuerpo para el combate o como ofrenda a los dioses²⁵.

Cabe señalar que durante la celebración de este tipo de encuentros, que bien podrían considerarse propicios para el adiestramiento militar del ejército mexica frente a aquellos que combatían en nombre de los reinos aun por subyugar, se fueron perfilando las bases de la defensa del imperio a través de lo que se conoce bajo la denominación de “Guerras Floridas”. En las que los guerreros mexicas fueron perfeccionando las estrategias para la defensa de su cada vez más amplio dominio territorial, a la par que fueron perfeccionando sus artefactos militares comenzando por el

²² Krickerberg, *op.cit.*, p. 23.

²³ Ver más en Secretaría de Marina, *Cuarenta años de historia del Centro de Estudios Superiores Navales 1970-2010*, México, Secretaría de Marina, CESNAV, 2010, pp. 22-38.

²⁴ Con respecto al sacrificio humano dentro de la cultura mexica, bien podría relacionarse con las cuestiones del honor y la moral para los guerreros, quizás como una forma de intimidación pública dirigida principalmente hacia sus adversarios, pero también como una condición de enorme religiosidad y devoción de las autoridades mexicas hacia sus dioses. Siendo esta una práctica que no dista en la realidad, precisamente cuando se muestra públicamente la captura de algún criminal que tuviera la capacidad de incidir en el orden y la seguridad misma de la nación.

²⁵ Asimismo, la entrega de una toca de plumas vistosas, distinguió a los enemigos poderosos de los que no lo eran, aunque muchas batallas emprendidas contra grupos “extranjeros”, no mexicas, tales como los chontales, zapotecos, mixtecos, huastecos, y otros, pudieron haberse iniciado sin previo aviso y sin protocolo alguno, precisamente bajo el objetivo de destrucción total de los mismos. Se recomienda sobre el mismo tema la lectura del artículo de Jesús Monjarás-Ruiz, “Panorama general de la guerra entre los mexicas”, en el *Instituto de Investigaciones Históricas*, México, UNAM. Ver este documento en la página de internet: www.historicas.unam.mx/.../176.pdf



arco, elaborado con finas maderas que en la punta llevaban un hueso de animal con forma puntiaguda y filosa o en ocasiones con una cuchilla de pedernal.

Con respecto a las flechas, se sabe que estas eran portadas por los guerreros en un carcaj que les colgaba del hombro, además de que se protegían la muñeca con un brazalete de cuero del golpe de la cuerda del arco. Tenían también un tipo de lanza, una especie de garrocha de cerca de tres metros de longitud aproximadamente, fabricada con madera resistente en cuyo extremo aparecía una afilada cuchilla también de pedernal o de colmillos de foca o huesos afilados. En cuanto a la honda y la macana, eran muy similares a las que serían las principales armas de la infantería mexicana o azteca.

Otra de las armas defensivas eran el chimalli, artefacto con forma de círculo, tal como se ejemplifica en el actual escudo de armas del CESNAV, mismo que los antiguos guerreros obtenían al diseñar un aro de madera, el cual cubrían con piel de cocodrilo, procurando que fuera lo más resistente a cualquier tiro de flecha. Fabricaron además lo que denominaron un ichcahuipilli, una especie de colcha de algodón, mediante la cual se forraban el cuerpo, teniendo dos dedos de espesor, añadiendo aún sobre esta defensa, las pieles curtidas de los animales que cazaban, tal como se ilustra en la siguiente imagen:



Fuente: Museo Histórico Naval de Veracruz, Secretaría de Marina, Veracruz (México).

Aunado a este tipo de indumentaria, cabe también recordar que los guerreros mexicanos acostumbraban, previo al combate, pintarse la cara con aceites de gusanos a la que le daban el color bermellón o negro, siendo este último obtenido del ollín, aumentando a su vestir algunos adornos como brazaletes, anillos en nariz y orejas, además de plumajes en la cabeza y collares como una forma representar su capacidad de amedrentamiento frente a su rival.

La élite comerciante y diplomática mexicana

Dentro de la estructura del poder mexicano, los llamados “mercaderes reales” también conocidos como tlatelolcas o pochtecas, ocuparon un renglón sumamente importante, ya que fueron quienes contribuyeron a que las autoridades imperiales concibieran una visión cada vez más geoestratégica del territorio conquistado y aún por conquistar.



Se trataba de comerciantes dedicados de tiempo completo al tráfico de productos manufacturados y de materias primas entre poblados cercanos y distantes a Tenochtitlán, quienes en la medida en que se incrementaba este tipo de intercambios, aumentaban también los riesgos para el traslado de sus mercancías al tener que atravesar regiones semivacias en medio de caminos inhóspitos e inseguros, situación que los obligó a preparar planes de acompañamiento militar para la protección de sus propias mercaderías²⁶.

Tales circunstancias hicieron que los pochtecas cumplieran simultáneamente con tres funciones básicas, según lo comenta González Aguayo: 1) ser comerciantes, 2) ser agentes diplomáticos y 3) ser espías; lo que da cuenta de un dispositivo militar profesional sumamente complejo y altamente sofisticado, el cual comenzaba con la preparación de los jóvenes pochtecas, quienes eran instruidos por los mercaderes más experimentados para convertirlos en diestros comerciantes de mercancías y prestamistas de monedas de cambio de la época, posteriormente ligados a los gremios de artesanos de manera que llegaron a dominar de forma amplia la vida comercial del México antiguo²⁷.

Algunos pochtecas se convertirían además en hábiles diplomáticos, alcanzando un alto grado de “profesionalización” en esta materia a partir del dominio de otras lenguas o mediante el aprendizaje adecuado de las costumbres, las creencias y los distintos rituales que los convertía en esa primera fuerza de avanzada, en dirección a aquellos lugares favorables al intercambio comercial o en su defecto, hostiles a todo tipo de negociación que podría concluir en el peor de los casos en una declaración formal de guerra.

En este sentido, y ante una eventual confrontación bélica, los diplomáticos mexicas eran quienes se encargaban de hacer llegar a sus opositores, “notas diplomáticas” en las que incluían gises y plumillas, anunciándoles la muerte en sacrificio de alguna de sus autoridades. Esta situación ponía a prueba la firmeza con la que actuaban los embajadores, quienes al momento de arribar al pueblo enemigo para intimidar a sus ciudadanos con este tipo de mensajes, primero fijaban un plazo de veinte días, en los cuales les hacían llegar como regalos armas y escudos para su defensa. Si con esta intimidación y en el plazo señalado el pueblo enemigo cedía ante las exigencias, primordialmente la de transitar libremente por su territorio, lo último que se les pedía como compensación a este tipo de agravios era la entrega de oro, joyas y mantas como una prueba de sometimiento y lealtad al monarca imperial de la Gran Tenochtitlán²⁸.

Esa misma capacidad negociadora y diplomática de los pochtecas se combinó con otra importante función, la de espías (tequihuas), conocidos también como los mercaderes “disfrazados”, cuya táctica consistía en vestir, hablar y actuar de forma casi idéntica a los pobladores locales en los pueblos enemigos. Logrando con ello un alto grado de efectividad en la obtención de información acerca de las acciones a realizar por parte de los señoríos adversos a la autoridad central mexicana.²⁹

²⁶ El término pochteca es un gentilicio que alude a los originarios de una región llamada Pochtlan, aquella donde abundan las ceibas. Se desconoce la localización de tal sitio, se cree que pudo estar cerca de Yucatán. A diferencia de los mercaderes reales, existían también los mercaderes pobres, quienes comerciaban de casa en casa productos esenciales como sal, chile y hortalizas que ellos mismos cultivaban.

²⁷ Gutiérrez, *op.cit.*, pp. 36-37.

²⁸ *Ibid.*, p. 38.

²⁹ Por cierto, el caracol (tlahtolli), representa el instrumento sonoro empleado por los tequihuas (espías y guerreros-mensajeros de los gobernantes) para efectuar señales de guerra y de reacción frente a la agresión de algún rival, se trataba además de una nueva clase dentro de la casta guerrera, encargada por lo general de todo lo concerniente al derecho de la guerra, y en



Esto permitió que con el paso del tiempo se fuera consolidando un avanzado “sistema de inteligencia”, necesario para atender en cualquier momento posibles agresiones de fuera, algo que además requería de un rápido traslado de la información a partir de la labor que cumplían los llamados “estafetas”, dedicados a mudar de un lugar a otro, recorriendo enormes distancias, aquellos informes que realizaban los “reporteros pictográficos” de la época, quienes se dedicaban a describir gráficamente al rey todo aquello que acontecía y presenciaban en tierras lejanas.

Un ejemplo acerca de la relevancia de esta información “pictográfica” se dio cuando de forma casi simultánea, Moctezuma estaba siendo informado sobre la presencia de Hernán Cortés y de sus acompañantes, incluyendo visualmente a sus barcos, perros, caballos, armas y otro tipo de artefactos tras su arribo a las costas del Golfo-Caribe. Incluso es posible que los mexicas hayan sabido vagamente de la corta estancia de Colón en el Golfo de Honduras, porque sus mercaderes comerciaban de forma intensa entre la meseta central, la costa sur del Golfo y los países mayas hasta la frontera de la actual República de Honduras, una distancia aproximada a los 1,200 km en línea directa³⁰.

En medio de esta combinación de tareas, los pochtecas contribuyeron con otra importante y muy “estratégica” actividad: la cartografía. La cual consistía en plasmar sobre “lienros” de fibra de maguey, aquellos lugares como poblados, montañas, ríos, bahías, guarniciones, etc., que hacían parte de sus rutas comerciales. Su enorme conocimiento acerca de los lugares descritos en cada mapa, les representaba también a futuro la posibilidad de convertirse en destacados guerreros, una suerte de militares con una enorme experiencia y dominio sobre los territorios conquistados en cada expedición comercial que realizaban.

De este modo, las rutas descritas por los pochtecas en estos “primitivos” mapas mostraban el grado de expansión territorial al que había llegado la élite mexica a través de una acertada estrategia de coordinación entre diplomáticos, comerciantes y militares, interesados en desplazarse hacia los distintos puntos cardinales, incluyendo la parte norte hasta su encuentro con los tarascos en la actual región del Bajío, sin lograr mayores aciertos más allá de esta región por encontrarse en medio de suelos desérticos, poco habitados y con tribus de nómadas en ocasiones difíciles de controlar.

Otra de las rutas descritas cartográficamente fue la que tuvo como punto de partida la ciudad comercial de Cholula, pasando por la fortaleza de Tochtépec, donde los mercaderes eran recibidos con altos honores; para posteriormente dirigirse hacia las costas del Océano Pacífico, donde debían pasar por el punto más peligroso de su recorrido: la región de los zapotecas y los nativos de Chiapas, quienes se mostraban reacios a la presencia de los mercaderes mexicas, situación contraria al trato cordial que prevalecía con los nativos de la región del golfo-Caribe y el conjunto de los poblados que integraban la amplia región mesoamericana.

La talasopolítica en la proyección imperial mexica

Considerando lo anterior, los criterios de la proyección geopolítica del imperio mexica, dependerán en gran medida de la visión de sus dirigentes, es decir, de la intuición política del

campaña tenían misiones bastante delicadas para los fines de la defensa y la seguridad de todo el reino mexica. Ver más al respecto en Secretaría de Marina, *op.cit.*, p. 93.

³⁰ En lo que respecta al eficiente y expedito sistema de envíos, los estafetas eran los encargados de recorrer enormes distancias en el menor tiempo posible para cumplir con la demanda de pescado fresco proveniente de los litorales sobre el mar Caribe, para acompañar los succulentos banquetes del rey en la Gran Tenochtitlán. Krickerberg, *op.cit.*, p. 60.



tlatoani y de la corte imperial para engrandecer y ensanchar sus dominios territoriales; no sólo a partir de la adhesión de nuevas entidades a la gran confederación, sino además como parte de esa activa y destacada presencia (diplomática, comercial, cultural, marítima, etc.) que alcanzaron entre los vecinos mesoamericanos, e incluso entre los entonces imperios Chibcha e Inca, precisamente en la parte norte del actual territorio sudamericano.

Bajo esa lógica, el proceso de construcción del relativamente joven imperio mexica o de la gran Tenochtitlán, alcanzó una excepcional dimensión tanto territorial como poblacional, misma que le permitió ensanchar sus fronteras al limitar al oeste y al sur por el Océano Pacífico, al sudeste, por la actual Guatemala, al norte por la Huasteca y al noroeste por las tribus nómadas que existían en los actuales estados de San Luis Potosí, Zacatecas y Nayarit, incluyendo además los estratégicos territorios mayas ubicados en los actuales estados de Tabasco, Campeche, Yucatán y Quintana Roo, quienes en su conjunto integraban el vasto territorio imperial mexica hasta la llegada de los primeros navegantes españoles a tierras del Nuevo Mundo³¹.

Lo anterior, entonces, permite observar la creación de lo que en geopolítica se denomina como un *heartland* (corazón continental) a partir de esa amplísima área de dominio territorial en poder de la élite mexica, esto mismo en alusión a lo que a comienzos del siglo XX estableció el geopolítico británico, Hartford Mackinder acerca de la “gran isla”, enfatizando en la importancia que reviste para un extenso dominio territorial, no sólo la identificación estratégica de su área pivote, en nuestro caso, el centro de poder en Tenochtitlán; sino además, considerar como parte de su condición vital de defensa, la consolidación de un efectivo sistema de intercomunicaciones (sean estas terrestres, fluviales o marítimas) y por supuesto, instrumentos tecnológicos de vanguardia mediante los cuales se pueda garantizar la sobrevivencia perenne del mencionado imperio³².

De la geopolítica lacustre a una geopolítica marítima

Ante estos hechos, la condición que adquiere el imperio mexica al convertirse en un auténtico *heartland*, nos permite elaborar un análisis cada vez más puntual a partir de sus condiciones intrínsecas de poder hasta sus formas de establecer contacto con lo que vendría a ser su “mundo exterior”, todo esto desde una perspectiva talasopolítica que infiere, precisamente en la relevancia que hasta la fecha actual adquiere el territorio mexicano bajo la condición de país bioceánico.

En ese sentido, la talasopolítica nos vincula con lo que advirtieron los cronistas del México antiguo, acerca de que la historia de nuestro país tuvo sus inicios en el mar, tal vez desde el mítico Aztlán, el llamado “lugar entre las aguas” o a través de las islas, recordemos que fue precisamente en la Isla de Cozumel donde se celebró la primera misa católica, tras la retirada de imágenes relacionadas con las deidades de los pobladores nativos para ser remplazadas por la colocación de un crucifijo³³.

Este tipo de remembranzas sobre la salida de los mexicas de Aztlán, cruzando necesariamente un cuerpo de agua, tal como se interpreta en la escena pintada en el Códice Boturini hasta encontrar la ciudad-imperio en una zona lacustre; manifiesta desde entonces la navegación para la sociedad mexica, no sólo para el traslado de sus pobladores y de sus mercancías de un lugar

³¹ Esto sin dejar de considerar las incursiones guerreras y actividades comerciales que llegaron a realizar hasta el actual Istmo de Panamá, evitando con ello una usurpación de las autoridades mexicas en los territorios comprendidos en la actual faja Centroamericana. Ver más en Gutiérrez, *op.cit.*, pp. 10-14.

³² Sobre la teoría del *heartland*, se recomienda leer Harlford Mackinder. “El pivote geográfico de la historia”, en *Geopolítica (s) Revista de Estudios sobre espacio y poder*, Madrid, Universidad Complutense, Vol. 1, núm. 2., 2010, pp. 301-319.

³³ Ver más detalles en Martín Reyes Vayssade (coord.) *Cartografía histórica de las islas mexicanas*, México, Secretaría de Gobernación, 1992, pp.13-14.



a otro, sino además como un mecanismo esencial para la defensa y custodia del territorio ante posibles ataques, lo mismo que como una forma de expandir a través de este medio su poderío e incidir en la esfera política y económica del conjunto de los pueblos incorporados a esta gran confederación³⁴.

Una confederación que tuvo lugar en medio de los lagos de la meseta central, permitiendo el desarrollo de lo que se podría denominar una “geopolítica lacustre”, misma que sirve para explicar la visión marítima de un imperio desde el medio natural que le brindan sus lagos, en este caso uno de agua dulce llamado Chalco, el otro de agua salada denominado Texcoco, además de los lagos de Xochimilco, Zumpango y Xaltocan; donde se fueron estableciendo áreas de embarque para numerosas canoas, además de canales que ayudaron a la conformación de una especie de península, en la cual se fueron asentando las cortes de Texcoco y Tlacopan con obediencia a la corte central de Tenochtitlán³⁵.

Sobre el mismo tema, Emiliano Melgar Tísoc, opina que para los grupos del altiplano central mexicana, la idea del factor marítimo se encontraba explícito en la dimensión misma alcanzada por sus colosales lagos, al que se referían como “la gran agua” (ueyatli). Siendo este un fenómeno muy parecido al de los pobladores del altiplano andino, quienes alejados de las costas del Océano Pacífico, concibieron al mar desde la perspectiva que les brindaba también su gran lago, al que llamaban *hatun-cocha*, los pobladores mochicas, chimues y chinchas, pertenecientes al imperio Inca.

En consecuencia, los grupos del altiplano de ambas regiones (mexica e inca) concibieron el mar como un gran lago, cuyo comportamiento difiere de la imprevisible conducta del mar a partir de su constante dinamismo, representado en sus mareas, corrientes marinas, vientos y huracanes; lo cual contrasta con las impresionantes ventajas y el dominio alcanzado por los pobladores de las regiones costeras, siendo un ejemplo de ello, la cultura maya, dotada de una singular experiencia en lo que se refiere al tema de la navegación marítima.

Sin duda alguna, la condición lacustre del centro tenochca, esa misma a la que Hernán Cortés denominó a su llegada “la Venecia prehispánica”, se le atribuye con acierto la magnificencia de destacadas obras de ingeniería hidráulica a través del diseño de diques, albardones, chinampas y canales, estos últimos convertidos en auténticas avenidas; mediante las cuales se logró modificar su hábitat y construir sobre los islotes el más destacado centro de poder con predominio en toda la región Mesoamericana. Una gran metrópoli que sucumbió, al convertirse en escenario de la *primera guerra naval del continente*, cuando los pobladores mexicas se enfrentaron en estas mismas aguas a los trece bergantines españoles y a las miles de canoas indígenas provenientes de los pueblos aliados a Cortés³⁶.

³⁴ De ahí que “la navegación fue fundamental en el desarrollo de grandes civilizaciones, desde la primera reconocida: Olmeca, hasta las que encontraron los conquistadores en el Altiplano Central de México, pasando por la maya y las del occidente y oriente de Mesoamérica”. Ver más en María Eugenia Romero, “La navegación en el mundo prehispánico”, en *Gran Historia de México Ilustrada*, México, Coproducción de Planeta de Agostini-INAH-CONACULTA, Tomo 1, 2002, p. 362.

³⁵ *Ibid.*

³⁶ Debe precisarse que las canoas utilizadas para navegar en ríos, lagos y mares no eran las mismas. Había diferencias estructurales entre las utilizadas para la navegación lacustre y la marina: las canoas fluviales podían ser muy bajas y largas; mientras la marítima requiere de mayor altura y ser más corta para facilitar el transporte de personas y mercancía. La navegación practicada por los indígenas se puede clasificar en fluvial y marítima. La primera es la que se efectúa en ríos, canales y lagunas, ampliamente desarrollada en el Centro de México por los mexicas; mientras que la marítima alcanza su mayor expresión en el área maya, cuya navegación fue de cabotaje o costera. Ver más al respecto en María



Fueron también las aguas del gran lago, las mismas que proyectaron las ambiciones del poder naval y mercante de los mexicas a través del despliegue que hicieron sus diplomáticos, comerciantes y guerreros, todos ellos interesados en la conquista de nuevos territorios allende sus fronteras y de camino al lejano sureste, justamente en dirección al mundo maya. Lugar donde se encontraron con nuevas posibilidades para el intercambio comercial y el aprovisionamientos de recursos esenciales, comenzando por la más importante de las proteínas vegetales hasta nuestros días: el maíz (tlaolli o centli), aunado al hule, el chocolate, las plumas de quetzal y aquellos alimentos provenientes del mar³⁷.

La proyección continental marítima y naval del México prehispánico: lecciones para el siglo XXI

Esta condición de avanzada de los mexicas en busca de mayores suministros e insumos para su cada vez más demandante y exigente población, facilitó el encuentro con la que Leopoldo González considera, “la muy vasta y espectacular tierra maya. Cuyos confines, final y gradualmente se van estirando y estrechando, ni más ni menos, entre los dos gigantescos océanos. Justo donde nace y se crea Mesoamérica o la parte central de América”, imposible de prescindir y de la cual depende también el intercambio con las islas del Mar Caribe y la parte continental que corresponde a Centroamérica. Siendo esta la descripción geopolítica más adecuada, en la que se muestra la importancia que hasta el día de hoy reviste la condición *bioceánica* de México, convirtiéndola según los propios nativos en una prominente “tierra entre las dos aguas”³⁸.

Una tierra prominente donde en su margen más angosto, la cultura maya supo elevar una espléndida civilización. Cuyo legado quedó inscrito en sus enormes edificios piramidales, en sus códices, en la pictografía de sus obras, pero también en el importante desarrollo de la navegación de cabotaje que les permitiría encaminarse en dirección a los vecinos pueblos de Centroamérica y la parte norte de Sudamérica, motivo suficiente para que recibieran el apelativo de “fenicios del Nuevo Mundo”.



Eugenia Romero y Susana Gurrola, “la navegación maya en el caribe mesoamericano”, en *España y Nueva España: sus acciones transmarítimas*, México, INBA, Universidad Iberoamericana, Centro de Estudios de Historia de México.

³⁷ Linda Shele y David Freidel, *Una selva de reyes. La asombrosa historia de los antiguos mayas*, México, Fondo de Cultura Económico, México, 2011.

³⁸ González, “reflexiones sobre las etapas geopolíticas...op.cit. pp. 103-105.



Fuente: Imagen de la navegación prehispánica, Museo Histórico Naval de Veracruz, Secretaría de Marina, Veracruz (México).

Según lo explica la experta en navegación antigua, María Eugenia Romero, cuando se habla de la navegación prehispánica, se trata de un sistema formalmente establecido, que implicó experiencia en el arte de navegar, conocimiento del entorno donde se realizó y no sólo ser una actividad menor que les permitía pescar y trasladar personas y mercancías, sino que por supuesto contribuya en los criterios de defensa y seguridad de un lugar, además de su predominio sobre otros.

Bajo ese modelo, los mayas lograron consolidar un original y muy efectivo sistema de navegación, atribuido al conocimiento de su entorno y al aprovechamiento del mismo, tal como se puede observar en el uso que le dieron a las caletas naturales para el establecimiento de puertos de abrigo donde las embarcaciones podían fondear, como son los casos de Xelhá, Xcaret, Yalkú, Xaac y San Miguel, en Cozumel. Al tiempo que construyeron muelles y diques permanentes para facilitar el embarque de mercancías, y mediante la apertura de canales artificiales unieron cuerpos de agua que originalmente no tenían comunicación.

Sobre sus embarcaciones, los mayas viajaban en grandes canoas que alcanzaban un largo de 20 ó 30 metros, fabricados con maderas de cedro. Las cuales utilizaban para efectuar largos viajes costeros de hasta 4,000 kilómetros de distancia, que cubrían la ruta desde Tampico hasta Panamá por el Océano Atlántico y de Tehuantepec a la Península de Nicoya por el Pacífico, sin dejar de lado los viajes a las Antillas, siendo un ejemplo de ello, la actual isla de Puerto Rico, donde se han encontrado vestigios mayas como tambores, pelotas de hule y el uso de flores para la decoración de los danzantes, entre otros objetos³⁹, siguiendo las siguientes rutas que aparecen en el mapa:



Fuente: Mapa sobre rutas de cabotaje de los mayas. Museo Histórico Naval de Veracruz, Secretaría de Marina, Veracruz (México)

³⁹ Romero y Gurrola, *op.cit.*, y Vivó, *op.cit.* p. 89.



De este modo, los “fenicios de América” lograron un amplio despliegue comercial, destacándose la ruta de Tabasco a Honduras, durante los años comprendidos entre el 1200 a 1521 DC.; convirtiéndose en un trayecto de por sí riesgoso en medio de los imprescindibles vientos y la aparición de arrecifes traicioneros, según lo constatan los resultados de las investigaciones de naufragios en todo este trayecto.

A calor de estos mismos hechos, los cronistas europeos, entre ellos Bernal Díaz del Castillo, afirmaron haber visto “cinco canoas grandes llenas de indios naturales de aquella población (cabo Catoche), que venían a remo y vela”. En canoas hechas con maderas gruesas y cavadas por dentro, todas hechas de un madero macizo, en las que viajaban entre cuarenta y cincuenta indios⁴⁰. Hubo otros quienes también se asombraron de la enorme cantidad de canoas que transitaban por las costas, lagunas y ríos en la región de predominio de los mayas. Entre ellos, el hijo de Colón, a quien le llamó la atención los diversos usos que los indios les daban a las canoas, empleándolas tanto para la guerra como para el comercio.

Precisamente en 1502, los españoles tuvieron su primer contacto con la civilización maya, cuando Cristóbal Colón, en su cuarto y último viaje, se encontró en el golfo de Honduras, con una pesada canoa mercante maya, de esas que navegaban entre dicho golfo y Veracruz. La reacción inmediata de Colón fue apresar a sus 25 ocupantes, a quienes les quitó sus ricos atuendos, les sustrajo sus mercancías, mantas, paños, macanas con filosas puntas de obsidiana (piedra volcánica parecida al vidrio), hachas de cobre, cacao, conchas coloradas y lo que parecía ser una especie de vino o cerveza de maíz⁴¹.



Fuente: Museo Histórico Naval de Veracruz, Secretaría de Marina,
Veracruz (México).

Entre tanto, la ruta de los navegantes indígenas del lado del Pacífico se iniciaba en Tehuantepec y el Soconusco con dirección a los territorios incas de Huanchaco y Chíncha. Lugares donde se han encontrado vestigios de las culturas mesoamericanas en objetos como macanas, bolas de barro para cerbatanas, lanzas e incluso en la escritura pictográfica, en la construcción de

⁴⁰ De este modo, la navegación también constituyó un ámbito de poder, pues se sabe que los putunes, un grupo maya chontal procedente de Tabasco, comerciaban por la vía marítima y por un considerable tiempo dominaron y controlaron las rutas y el comercio por esta vía que enlazaba el Golfo de México con el de Honduras, lo que en gran parte les permitió enseñorearse sobre poblaciones más desarrolladas que ellos. En Romero, *op.cit.*, pp. 361-371.

⁴¹ *Ibid.*, pp. 365-366.



casas sobre plataformas o en rituales como el baño a vapor. En ese mismo intercambio, llegaron desde el sur los diferentes tipos de papas o patatas que serían enseñadas a cultivar en el centro del continente. Y, de igual manera ocurrió hacia el sur con el maíz, los frijoles, los jitomates, las calabazas y los chiles, propios de los agricultores del sistema mesoamericano, enseñados a cultivar y aprovechadas para su alimentación por parte de los pobladores andinos.

Derivado de este intenso intercambio entre mesoamericanos e incas, la navegación de norte a sur que anteriormente describimos, alcanzó una mayor relevancia, si consideramos las tremendas dificultades del tránsito por vía terrestre. Precisamente al encontrarse como obstáculo geopolítico el imperio Chibcha (donde se ubica la actual Colombia), convertido en una especie de *estado tapón*, intermedio e infranqueable por sus selvas, siendo una de las más prominentes la del Darién cercana de la actual frontera con Panamá y sus abruptas serranías como la del Chocó a un costado del Océano Pacífico, mismas que impiden una uniformidad cultural terrestre continua que, inclusive, ni los españoles con sus caminos para carreteras durante la época colonial, ni los estadounidenses en décadas recientes han podido superar a través de la construcción de carreteras como la panamericana⁴².

Simultáneo a este connotado desarrollo marítimo mesoamericano, en Asia, los chinos implementaban un prominente sistema de navegación, al mando de Zheng He, encargado de diseñar una poderosa flota naval, la afamada “flota del tesoro”, que izó sus velas en 1405. Se trató de un proyecto ambicioso, costoso, pero redituable, inspirador del poder marítimo de los chinos, quienes durante algún tiempo se encargaron de construir verdaderos jardines flotantes, 4 a 5 veces más grande que las carabelas fabricadas por los portugueses a través de las cuales los españoles llegarían a tierras del Nuevo Mundo, varias décadas después de que los chinos hubieran visitado en sus propias embarcaciones, aproximadamente en 1421, algunos lugares del continente americano⁴³.

El combate naval y el ocaso de la geopolítica imperial mexicana

Respecto al boato alcanzado por el imperio mexicana, este descansaría durante mucho tiempo en los recursos que obtendría del exterior hasta su declive con la llegada de los españoles a partir de 1521. Año en comenzarían a revelarse varios de los señoríos sometidos al poder central de Tenochtitlán con el apoyo de un foráneo como Cortés, lo que a su vez generó toda una estrategia de bloqueo y aislamiento del área pivote del que había sido para un entonces un auténtico *heartland*, tal como se ilustra en el siguiente mapa sobre la ruta de Cortés:

⁴² Leopoldo González Aguayo, “La geopolítica de América Latina”, en *Revista Relaciones Internacionales*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, No. 56, octubre a diciembre, 1992, p. 99.

⁴³ Lo que les permitió realizar visitas diplomáticas a Java, Sumatra, Sri Lanka, Kerala y al suroeste de la India, convertido entonces en un centro comercial de joyas y jengibre, pimienta, canela y cardamomo. Sobre algunos otros aspectos del expansionismo chino durante la dinastía Ming, se recomienda la obra de Gavin Menzies, *1421. El año en que China descubrió el mundo*, Barcelona, Editorial Random House Mondadori, 2005; y Val Ross, *El asombroso camino de los mapas. Grandes historias de cartógrafos y exploradores*, Caracas, Los libros de El Nacional, 2005, pp. 22-32.



Fuente: Mapa sobre la ruta de Cortés, Museo Histórico Naval de Veracruz, Secretaría de Marina, Veracruz (México).

Se trataba pues de un centro de poder convertido en una isla, prácticamente equidistante a los principales centros de tierra firme, por lo que se constituía en una especie de fortaleza acordonada por el agua de los lagos. Una condición favorable, pero a la vez riesgosa en caso de ser sitiada por sus adversarios, capaces de frenar la entrada de cualquier suministro básico como alimentos, agua dulce y materias primas, que se traían de las regiones adyacentes a los lagos o de tierras más lejanas.

Lo cierto es que no pasaría mucho tiempo para que se registrara en este mismo lugar, el primer combate naval que, según comentan las crónicas de la época, se dio a 2,200 metros sobre el nivel del mar durante el sitio que impuso Cortés a la Gran Tenochtitlán en el lago de Texcoco, y que según los relatos de Fray Bernardino de Sahagún, se inició el 10 de mayo de 1521 y se prolongó durante cerca de 95 días. Tratándose de un verdadero forcejeo en medio del agua lacustre, entre un reducido número de hombres al mando de Cortés, quienes al final lograron superar a los guerreros mexicas, quienes se defendían con mazos, palos de madera con una punta de obsidiana, dardos y flechas a diferencia de españoles, poseedores de armas de mayor sofisticación como mosquetes y culebrinas⁴⁴.

A lo anterior habría que añadir que, los escasos jinetes del ejército español fueron importantes más bien desde el punto de vista psicológico que del estratégico, pues los caballos inspiraban gran temor a los indígenas, por lo menos al principio, porque les eran desconocidos los hasta entonces animales de montura.

No cabe duda que para Cortés, su llegada al centro mexicana implicó con anterioridad el diseño de una tremenda estrategia de combate. Una dedicación absoluta para la fabricación de los bergantines y un recuento exhaustivo de sus efectivos militares comenzando con el apoyo de los navíos de Francisco de Garay, Pedro Barba, Rodrigo Morejón de Lobera, Alderete, Orduña y otros, así como de los aliados indígenas, reuniendo un número de efectivos bastante grande de 86 soldados a caballo, 118 ballesteros y escopeteros, 700 peones o infantería, 3 cañones gruesos de hierro, 15 de bronce y 10 quintales de pólvora. Mientras que los aliados indígenas de Tlaxcala, Huejotzingo, Cholula y Chalco, estos llegaron a más de 150 mil hombres que decidieron acompañarlo.

⁴⁴ Sobre el plan y la técnica que emplearon los españoles durante esta cruenta batalla, la mano de obra y el transporte perteneció a los pueblos indígenas aliados. En aquella larga procesión que transportó los bergantines de Tlaxcala a Texcoco, los soldados españoles dirigieron y vigilaron el movimiento de los mismos por plena tierra firme, ya que iba en contra de sus principios, participar en el trabajo rudo; para lo cual se utilizaron a los miles de indios aliados. Ver más al respecto en *Historia de México*, Barcelona, Salvat Editores, Tomo IV y Leticia Rivera Cabrieles, "La Conquista de México: hechos militares. Problemas étnicos", en *Revista del Centro de Estudios Superiores Navales*, México, Secretaría de Marina-Armada de México. Número 98, mayo-junio de 1996. pp. 1-13.



Entre tanto, los tres señores de la Triple Alianza, Cuauhtémoc, Coanácoch y Tettlepanquéztal, lograron reunir en el centro de Tenochtitlán alrededor de 300 mil hombres y miles de canoas para afrontar el sitio. Tratando de resguardar a como diera lugar la ciudad-estado, siendo una táctica defensiva el aumentar las cortaduras de las calzadas y abastecer sobre todo de víveres, armamento y todo tipo de pertrechos para el inminente combate⁴⁵.

Sin embargo, uno de los principales problemas a los que se enfrentaron las autoridades mexicas en vísperas a este fatídico encuentro, se debió al rompimiento de las alianzas internas. Un hecho que propició de inmediato una estrepitosa caída del poder de la gran Tenochtitlán, al momento en que se fueron apartando los líderes de los señoríos de Texcoco para ubicarse del lado de las fuerzas españolas, igual que los tlaxcaltecas, como una forma de demostrar su rotundo rechazo y el resentimiento de años hacia las medidas centralistas de la élite tenochca. De modo que, ante la ruptura con Texcoco y el levantamiento de Xochimilco, sólo quedaban en Tenochtitlán los mexicas y los tlatelolcas, quienes se veían cada vez más limitados para obtener, por ejemplo, el paso de agua dulce a la ciudad, lo que se vino a complicar con el asalto que hiciera Cortés a Iztapalapa tanto por tierra como por agua, al poner en uso sus bergantines.

Durante el desarrollo de los acontecimientos, los pueblos de las chinampas como Xochimilco, Churubusco, Mexicaltzingo, Mixquic, Cuitláhuac, Iztapalapa y Coyoacán, que al principio combatieron valerosamente a los españoles, defendiendo a Tenochtitlán, terminarían por darle la espalda y ofrecerse como aliados de los invasores y luchar contra los sitiados en medio del temor de ser reconocidos como aliados del ya casi extinto imperio, y perder a futuro ciertas prerrogativas por parte del que se avizora fuera el nuevo poder imperial al mando de la corona española.

En medio de estos hechos, la eficacia del combate naval logró desbaratar una flota de 500 canoas con gran facilidad, al utilizar un solo disparo con uno de los cañones instalados por los españoles y sus aliados. Mientras tanto, los guerreros y pobladores mexicas presenciaban con desesperación que sus canoas, arcos y flechas no podían competir con la artillería y las tácticas españolas, ya que los barcos desempeñaron un papel similar al de la caballería en tierra, lo que al final propició la rendición de Tenochtitlán, el 13 de agosto de 1521, poniendo punto final al México Prehispánico.

Era entonces el final del más poderoso de los imperios del mundo prehispánico. El mismo que había logrado poseer una poderosa ideología con un arraigado sentimiento de superioridad; el mismo que había sido capaz de articular un original sistema de alianzas con los reinos vecinos y distantes, incluso con los del mundo Inca; a partir de un excelente binomio conformado por sus connotados diplomáticos y comerciantes (pochtecas), al tiempo que de sus guerreros (tequihuas), quienes en cumplimiento de lo dictado por el tlatoani, la autoridad central, lograron expandir los intereses políticos de un imperio construido sobre el “mar lacustre”, tras varios años de peregrinar hasta el lugar mítico donde se estableció por fin, la Gran Tenochtitlán.

En lo que concierne al componente talasopolítico, ese mismo que nos acerca a la visión política de los mares, no cabe duda que para los mexicas, su proyección continental marítima se inició con los lagos de la meseta central, pero alcanzó su mayor predominio a través del destacado papel que realizaron los mayas, los llamados “fenicios de América”, cuya experiencia en la navegación de cabotaje, propició un amplio dominio de las aguas del Mar Caribe y de las rutas

⁴⁵Rivera Cabrieles Leticia, “Estrategia política y militar en la conquista de la Gran Tenochtitlán”, en *Revista del Centro de Estudios Superiores Navales*, México, Secretaría de Marina-Armada de México, número 1, 2007.



comerciales en dirección norte-sur sobre el Océano Pacífico; y cuya remembranza sigue presente en el propio escudo del CESNAV, exaltando con orgullo la importancia de la navegación prehispánica en la vida presente de nuestros marinos mexicanos⁴⁶.

III. APLICACIONES DE LA GEOPOLITICA PREHISPANICA EN LA PROYECCIÓN DE MEXICO PARA EL SIGLO XXI

Una vez comprendidas las raíces geopolíticas prehispánicas, siendo este un periodo tan singular y único para el devenir futuro del Estado mexicano, resulta pertinente extraer sus componentes más importantes con el objetivo de valorar el significado de los hechos que le permitieron alcanzar su proyección imperial, allende de sus propias fronteras.

En ese sentido, la singularidad de estos hechos del pasado no son más que el reflejo de lo que en esencia caracteriza a México hasta los tiempos presentes. Sin embargo, el problema radica en la escasa noción y la poca valoración que le damos al quehacer geopolítico de esos primeros pobladores y de sus líderes, quienes fueron capaces de elaborar una auténtica estrategia para garantizar la sobrevivencia de los suyos, y al mismo tiempo hacer prevalecer su dominio sobre otros pueblos. Algunos cercanos, pero también lejanos, tal como se describe en las crónicas acerca de la supremacía alcanzada en poblados de Centroamérica hasta estrechar sus vínculos con los nativos en las inmediaciones de los actuales países de Ecuador y Perú.

De este modo, la contribución de esta primera etapa de la geohistoria de México bajo el esplendor de los mexicas y de los mayas, se convierte en un punto de arranque fundamental para quienes aspiran a contribuir en el desarrollo de una auténtica *escuela geopolítica mexicana*, ya que justamente se trata de una etapa de inicio, altamente representativa, la cual señala elementos claves para la comprensión de la geopolítica de nuestro país; dentro del cual se destaca un factor esencial como lo es territorio, lugar donde se posa el Estado, el cual se caracteriza por su excepcional y estratégica ubicación en un punto de la geografía planetaria.

La importancia del territorio desde la etapa prehispánica a la actualidad

Bajo esta premisa, el territorio se convirtió desde un inicio en un componente fundamental para sus pobladores, ya que encarna de forma material la benevolencia de un ser divino hacia sus seguidores, quienes guiados por su mandato, acatan y emprenden una incesante búsqueda hacia esa que consideran “la tierra prometida”. Se trata de un aspecto que a la luz de la experiencia mítica de los mexicas, nos conduce de inmediato a un lugar mítico como lo fue Aztlán, y más tarde a la emblemática ciudad de Tenochtitlán. Considerado desde entonces el lugar elegido, esa tierra promisoriosa, la misma que aun con el correr de los siglos continúa siendo el principal centro de poder de los mexicanos, capaz de albergar los poderes y las instituciones más representativas y decisorias en el *destino* político de esta federación.

En medio de esto sobresalen dos importantes influjos geopolíticos. El primero que hace alusión a la existencia de un mito fundacional, siendo este un aspecto sumamente importante del cual no muchos pueblos se pueden privilegiar, sin embargo, en nuestro caso, los pueblos prehispánicos legaron uno que se sigue manifestándose en los símbolos patrios como es el escudo;

⁴⁶ En Leticia Rivera Cabrieles, “El aniversario del Centro de Estudios Superiores Navales”, en Revista del Centro de Estudios Superiores Navales, México, SEMAR, enero-marzo, 2010, pp. 15-20.



lo que le recuerda a las generaciones presentes y venideras su pasado mítico, el momento de la designación divina del lugar escogido a través de la presencia de un águila posada sobre un nopal, devorando una serpiente (Quetzalcoatl) en medio de un islote rodeado de agua.

Se puede afirmar que se trata de un mito fundacional único. El cual se convierte en un elemento simbólico para la concreción de la unidad nacional mexicana, al igual que lo es para los israelitas la reivindicación de la tierra de Sion como designación y promesa de su dios. Un hecho que no escapa de la cosmovisión de otros pueblos, los cuales siguen reivindicando su propio mito fundacional como una expresión de poder e incluso de su superioridad sobre otros como sucede con los estadounidenses, quienes se consideran asimismo como la tribu perdida de Israel. No se quedan atrás los brasileños, quienes se adjudican ser el Jardín del Edén, una especie de “paraíso” escogido por Dios, debido a las excepcionales condiciones naturales de su geografía. Mientras que para los países andinos, su mito fundacional deviene en algunos de los casos de autoproclamarse la tierra de El Dorado⁴⁷.

En lo que respecta al segundo influjo geopolítico, se trata de las condiciones geoestratégicas que ofrece la gran ciudad de Tenochtitlán. Convertida en un auténtico centro de poder, localizado en medio de impresionantes lagos, lo que la convertía una verdadera capital imperial; aspecto que además nos remite a identificar la manera en que en ese momento, sus máximos líderes, esos visionarios, quienes lograron contrarrestar los efectos de una serie de obstáculos geopolíticos. Similares a los que actualmente enfrenta la Ciudad de México, construida y reconstruida desde tiempos ancestrales sobre las aguas lacustres, lo que da la idea de los retos que se avizoran a futuro, siendo los más significativos aquellos que se vinculan con la posibilidad de inundaciones y la tendencia a hundimientos devastadores.

El valor de la educación en los fines geopolíticos del Estado

En el pasado, la forma de hacer frente a esos primeros desafíos para la sobrevivencia en común de los pobladores de la gran metrópoli, implicó la ejecución de toda una estrategia acompañada de verdaderos planes de ingeniería. Con lo cual, la élite mexicana tuvo que apoyarse en el conocimiento de sus ingenieros hidráulicos, diestros en el diseño de obras colosales que interconectaban la isla central mediante calzadas, convertidas en impresionantes avenidas que se extendían en dirección a las riveras continentales. Haciendo que dicha infraestructura fuera el medio facilitador para la movilidad, el intercambio comercial y la vigilancia permanente de la isla, convertida en el centro de poder con respecto a su entorno exterior, esa especie de *rimland*, donde se sitúan todo tipo de amenazas y vulnerabilidades a la que vendría a ser su estabilidad interna.

Lo anterior hace pensar en la necesidad de que en efecto, la dirigencia política de cualquier Estado, pero más aún la de aquel que pretenda sobresalir sobre otros, no sólo por su grandeza territorial, poblacional, cultural, militar, etc., deberá apoyarse sobre un pilar fundamental en todos los tiempos como ha sido la innovación tecnológica. La cual compete en gran medida a la conformación

⁴⁷ Se recomienda para conocer a detalle el asunto del mito fundacional en el caso del Brasil a Marilena Chaui, *Brasil. Mito fundador e sociedade autoritária*, Sao Paulo, Editora Fundacao Perseu Abramo, 2004, pp. 57-61. Mientras que para el caso estadounidense, se sugiere la obra de Paul Johnson, *Estados Unidos. La historia*, Barcelona, Liberduplex, 2001, pp. 23-32. Además de Karen Farrington, *Atlas Histórico de las Religiones*, Madrid, Edimat libros, 2004. Y finalmente, sobre el mito del Dorado, se sugiere a Miguel Ángel Urrego Ardila, *La crisis del Estado Nacional en Colombia. Una perspectiva histórica*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2004, p. 104.



idónea de cuadros académicos, versados en todas las áreas del conocimiento, lo que se traduce en el potencial que albergan las universidades dedicadas a instrumentar los medios precisos para la solución de los problemas con los cuales pueda evitar vulnerar la convivencia de cualquier entidad social.

Retomando esta misma idea, queda claro que la dirigencia política de un Estado requiere apoyarse en sus propios cuadros académicos, lo que a su vez favorece y genera una condición de prestigio del propio Estado frente a otros, tras convertirse en una expresión de poder mediante sus propias instituciones académicas, las cuales en algunos casos pueden convertirse en una representación de los intereses de la nación. Este mismo hecho se explica, hoy por hoy, en la desafiante competencia que manifiestan países con cierto grado de supremacía regional como se da en el caso de México y Brasil a través de sus respectivas universidades; al igual que compiten entre sí las universidades anglosajonas, europeas, pero también con respecto a las asiáticas, las rusas, latinoamericanas, entre otras⁴⁸.

La población como un factor clave en el diseño geopolítico del Estado

Siguiendo con la reflexión del legado geopolítico prehispánico y de su incidencia en los tiempos actuales, sin duda alguna, otro factor vital para el Estado, además del territorio al cual hemos hecho mención tiene que ver con el asunto de su población. Siendo este un influjo determinante, más aún cuando hablamos de un elevado crecimiento demográfico, una constante que no ha desaparecido y que nos ubica a nivel mundial entre los países con un importante número que alcanza los 115.000.000 de habitantes (2012) y dentro del cual, su propia capital sigue siendo considerada como en el pasado prehispánico, una auténtica metrópoli, capaz de aglomerar a por lo menos 20.000.000 ciudadanos.

Se trata de un indicador que a su vez nos permite competir numéricamente frente a otras ciudades a nivel mundial a partir de su elevada tasa demográfica, colocando en los primeros lugares a ciudades como Tokio con 37.2 millones de habitantes, seguida por Delhi con 22.7 millones, la Ciudad de México y Nueva York, las cuales comparten la tercer posición con 20.4 millones, seguida por Shangai con 20.2 millones y Sao Paulo con 19.9 millones de habitantes⁴⁹.

Ciertamente en la etapa prehispánica se hablaba de ciudades densamente pobladas, algunas como Teotihuacan que eran capaces de albergar, incluso, auténticos “barrios cosmopolitas”, lo que daba la idea de ese fluido intercambio entre distintos pueblos que se sentían atraídos por el “desarrollismo” de importantes ciudades ubicadas en la parte central, en el área que comprende el Valle de México. Una situación que no dista mucho de lo que acontece en la actualidad, debido a su elevada concentración poblacional, más aun cuando el 78% de los habitantes sigue viviendo en zonas urbanas, principalmente en las áreas céntricas del Valle de México, seguido por Guadalajara, Monterrey, Puebla, Tlaxcala y Toluca.

⁴⁸ Con relación a las principales Universidades de América Latina, según el QS University Rankings, la escala para el 2012 es la siguiente: 1- Universidad de São Paulo (Brasil), 2- Pontificia Universidad Católica de Chile (Chile), 3- Universidad Estatal de Campinas (Brasil), 4- Universidad de Chile (Chile), 5 Universidad Nacional Autónoma de México (México).



Esto es importante, más aún en la elaboración de un diseño geopolítico de Estado, pues da cuenta de la necesidad de observar por parte de su dirigencia o de sus líderes políticos, la manera en que se encuentra configura y distribuida su población sobre el territorio. Un hecho que nos lleva también a precisar la existencia o no de “lugares vacíos” en la geografía nacional, los cuales necesariamente habría que considerar, sobre todo con la finalidad de evitar que la jurisdicción de estos llamados territorios vacíos, pueda quedar en manos de actores al margen de las instituciones legítimas, designadas para el ejercicio soberano que compete al Estado⁵⁰.

Una forma de evitar eso que podría ser un “abandono o descuido” de las autoridades centrales de esos territorios poco habitados y además distantes, sería la de establecer un planeamiento adecuado de sus comunicaciones y de sus transportes a través de medios de interconexión, ya fuera por vía telefónica, digital, satelital, portuaria, aduanal, recreativa, habitacional y hasta ecológica, etc., mediante los cuales se puedan enlazar aquellos centros de poder o en su defecto, las principales ciudades aledañas a cada una de esas zonas apartadas, incluyendo a las islas que se ubican tanto del lado de los océanos del Pacífico como del Mar Caribe y del Atlántico.

Así, y con la finalidad de alcanzar este mismo propósito, el Estado Mexicano deberá destinar los recursos suficientes para el planeamiento y la ejecución de esta serie de acciones que conduzcan al logro de lo que se conoce como la integración nacional. Acuñando de cierta manera el modelo geopolítico que en su momento implementó la dirigencia romana, bajo la idea de que “todos los caminos conducen a Roma”, a su capital, siendo este un mecanismo de control hegemónico que contribuyó durante siglos a ejercer su dominio sobre esos nuevos territorios que se fueron incorporando a su órbita de poder, consolidando su presencia sobre tres continentes comenzando por Europa, Medio Oriente y el norte de África.

Hacia una mayor internacionalización de México en el siglo XXI

Tal reflexión nos lleva a pensar que, la geopolítica seguirá contribuyendo a través de sus respectivos métodos a encontrar formas idóneas para garantizar los criterios de integración territorial e internacionalización que requiere el Estado. Ya que aún en el siglo XXI, ningún país se encuentra exento de perder su territorio o de disputarlo frente a otros. Un asunto total a tratar por parte de los estudios de la geopolítica mexicana que deviene precisamente de dos aspectos fundamentales como son: su condición territorial y marítima.

Esa que confluye en la singularidad bioceánica que presenta el territorio y que a su vez incide en el direccionamiento de sus relaciones, particularmente en las que van de norte a sur, pasando por el Mar Caribe, el corredor Centroamericano, el Océano Pacífico y las que de ahí se establecen en dirección a la América del Sur. Un hecho que llevó a México desde entonces a procurar una mayor presencia e interrelación con lo que vendría a ser su “cercano extranjero”, un concepto *ad hoc* a los planteamientos de la geopolítica rusa⁵¹.

Al respecto, la idea del cercano extranjero antes mencionada, nos lleva a precisar las características de esa vecindad colindante a México desde los tiempos prehispánicos hasta la

⁵⁰ Sobre la idea de lugares vacíos, se sugiere leer a Meira Mattos, *Geopolítica y teoría...op.cit.*, p. 114.

⁵¹ Edgar Ezequiel González Ibarra, “La larga tradición geopolítica rusa. La evolución de sus escuelas, desde el imperio zarista hasta la conformación de la Federación Rusa”, en CESNAV, *Fundamentos de Geopolítica. Visión y análisis*, México, CESNAV-UNAM, 2012, p. 136.



actualidad. Lo que deviene precisamente de la capacidad de interrelación que alcanzaron por ejemplo, los mayas, a quienes se les conoce como los “Fenicios del Nuevo Mundo”, justamente por descubrir y proyectar al imperio allende de sus fronteras, bajo lo que se puede interpretar como una visión más apegada a lo “internacional”, pero además a una visión eminentemente “talasopolítica”.

Fueron entonces los mayas, los precursores de la navegación, los mismos que quienes sentaron las bases para realizar un despliegue de cabotaje por la región del Anáhuac Xicalanco, refiriéndose a la costa sobre el Mar de las Antillas y cuyas repercusiones tendrán también cierta incidencia del lado del Anáhuac Ayotlan, que alude a las costas sobre el Océano Pacífico. De manera que aparece de forma mucho más clara en este mismo período, una concepción genuina de lo que en adelante vendrá a ser la estratégica condición bioceánica que caracteriza a la geografía de México, lo que además sienta las bases para la proyección de su política exterior, no sólo en función de su vecino del norte, sino que también merece especial atención e interés hacia el resto de los países que integran la región de Centroamérica y del Mar Caribe.

Un aspecto que deviene precisamente de la condición favorable que caracteriza la posición geoestratégica de México tanto en el hemisferio como a nivel mundial, lo que conlleva a una efectiva definición de sus relaciones hacia los cuatro puntos cardinales, formando una especie de cruz que corre de forma horizontal entre Asia y Europa, mientras que de forma vertical transcurre de norte-sur sobre el continente americano. Favoreciendo su influencia política y las condiciones óptimas para el despliegue comercial en estas diferentes regiones que se presentan como áreas de oportunidades para el intercambio comercial, cultural, tecnológico, etc.

Un ejemplo del pasado que ilustra la serie de ventajas que se lograron en este posicionamiento de México en su área de influencia, se dio en momentos en que personajes como el hijo de Cristóbal Colón, lograron presenciar el arribo de una embarcación con por lo menos 50 nativos provenientes de la región de Tabasco (México), dotados de suficientes mercaderías para ser entregadas en los puntos de desembarco situados en las inmediaciones del golfo de Honduras, siendo esta una ruta dedicada de forma exclusiva al intercambio comercial en toda esta zona.

Este fue en esencia, el mismo diseño geopolítico que le dio a los mexicas su proyección hegemónica regional en su tiempo y que deviene, según lo que plantea Leopoldo González Aguayo de la aparición de una estrategia en forma de “círculos concéntricos” a través de los cuales se va ampliando y extendiendo la capacidad de influencia del principal centro de poder hacia el exterior. Se trata de un efecto envolvente, nada sencillo de ejecutar, debido en parte a los obstáculos que se pueden presentar en el desarrollo mismo de esta que bien podría considerarse una estrategia de política exterior.

Un ejemplo que ilustra la forma en que se buscó superar esta serie de obstáculos en materia de política exterior por parte de la élite mexicana, se dio cuando el entonces reino de Tlaxcala, considerado un auténtico “Estado tapón” por su destacada ubicación geoestratégica, intentó por todos los medios bloquear el avance de ciertos reinos como el teotihuacano y el tolteca, lo mismo que el mexica, en dirección a los territorios del sureste; un hecho que para estos últimos, terminaría



por afianzar su capacidad de combate, pero también sus condiciones para negociar, por ejemplo, el suministro de un recursos estratégico entonces como lo era la sal a los propios tlaxcaltecos⁵².

En ese caso, el tratamiento de la élite mexicana en lo que respecta al actuar de la élite tlaxcalteca los llevaría a idear mecanismos de fuerza, pero también de concertación por la vía del intercambio comercial, quizás lo suficientemente acertados. Sin dejar de lado en esta misma estrategia, el diseño de un auténtico “sistema de alianzas”, avanzado para su época, mediante el cual se lograría establecer un cerco o *rimland*, entorno a aquellos reinos adversos a los intereses imperiales de los mexicas tal como lo fue Tlaxcala⁵³.

Las alianzas y el cercano extranjero dentro del modelo geopolítico mexicano

En consonancia con estos hechos, sin duda alguna, el concepto de alianza dentro del quehacer geopolítico de cualquier Estado que pretenda alcanzar un cierto grado de supremacía frente a otros, o en su defecto superar algún tipo de obstáculo como parte de los fines que persigue como Estado-nación, se materializa hasta los tiempos actuales a partir de la necesidad de concretar algún tipo de mecanismo de integración⁵⁴.

De manera que se logre aglutinar a un número cada vez más amplio de actores, cuyas potencialidades contribuyan de cierta manera al logro de los interés trazados por el actor con mayor capacidad de decisión política o que a su vez, sea capaz de “coordinar”, según la definición de cooperación internacional, las acciones encaminadas al logro de los intereses del actor cuya capacidad de poder le sirvan para afianzar sus relaciones con respecto a otros a través de formas variadas de integración regional, subregional u otra.

Lo anterior entonces cobra relevancia para México, precisamente cuando se observa que en estos últimos años, varios países de la región Latinoamericana y del Caribe se han propuesto formular sus propias alianzas bajo el estereotipo de mecanismos de integración subregional, comenzando por el Brasil. Cuyo liderazgo se denota en la promoción de sus intereses vitales a través de propuestas de integración eminentemente económica como el MERCOSUR, a la cual en los últimos tiempos se vienen adhiriendo un mayor número de integrantes como son Argentina, Uruguay, Venezuela, excluyendo en lo inmediato a Paraguay (2012) y en fechas recientes, sometiendo al consenso de todos, la posibilidad de ingreso pleno de países como Bolivia y Ecuador. Aunado a esta plataforma de proyección geopolítica de los brasileños, aparece en el ámbito de lo político la UNASUR y dentro del mismo, pero en el campo de la seguridad, el Consejo de Defensa Sudamericano (CDS), tres mecanismos que coordina la dirigencia del Brasil con la finalidad de visualizar, atender y coordinar las acciones de todos aquellos países que lo circundan y que a su vez se convierten en lo que vendría a ser su cercano extranjero.

⁵² Con respecto a la Teoría del *rimland*, se sugiere el artículo de María del Pilar Ostos Cetina, “Aplicación de modelos geopolíticos en América latina: los casos de Brasil y Colombia”, en CESNAV, *Fundamentos de Geopolítica. Visión y análisis*, México, CESNAV-UNAM, 2012, pp. 57-66.

⁵³ Sobre la idea de lugares vacíos, se sugiere Meira Mattos, *Geopolítica y teoría...op.cit.*, p. 114.

⁵⁴ Sobre la importancia del concepto de alianza se sugiere el ensayo de Leopoldo González Aguayo, “La Geopolítica en el planteamiento teórico-metodológico de las Relaciones Internacionales”, en *Revista de Relaciones Internacionales*, México, FCPYS, UNAM, No. 74, Mayo –Agosto, 1997, p. 22. Arturo Borja Tamayo (comp.) *Interdependencia, cooperación y globalismo. Ensayos escogidos de Robert. O. Keohane*, México, Colección de Estudios Internacionales CIDE, 2005.



Existen además otra serie de alianzas en el continente como la que ha promovido Venezuela, comenzando por la llamada Alternativa Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), un mecanismo a través del cual pudiera restituir uno de sus más graves obstáculos geopolíticos: la falta de una salida directa a las aguas del Océano Pacífico a partir de la cual pudiera despachar de forma expedita, el suministro de petróleo, convertido por más de un siglo en su principal recurso estratégico con dirección a los mercados asiáticos, destacándose cada vez más sus vínculos comerciales con países como China⁵⁵.

Aunado a ello, Venezuela diseñó otro mecanismo de cooperación estratégica para superar los escollos de su compleja condición geopolítica, de nueva cuenta fincado en su potencial petrolero, pero en esta ocasión circunscrito a la región de las Antillas a través de lo que se conoce como Petrocaribe. Un mecanismo de integración subregional al que pertenece Cuba, el cual se ha convertido en un socio privilegiado del país sudamericano, lo que a su vez le permite obtener el suministro puntual y a precios preferenciales de los hidrocarburos venezolanos. Un tipo de labor que en el pasado le fuera conferida a México a partir de su connotado liderazgo que le valió el apelativo de potencia media, no sólo atribuido también a su potencial petrolero, sino además a su capacidad política para establecer relaciones diplomáticas y comerciales, suficientemente consolidadas un amplio conjunto de países del lado sur de su frontera con Centroamérica y por supuesto de la región del Caribe.

Lo cierto es que con el transcurrir de los últimos decenios, el rumbo de la política exterior de México se tornó cada vez más atenta a lo que acontece de forma directa con su vecino del norte, convertido en todo el siglo XX como el principal centro hegemónico mundial, mientras tanto, el perfil de supremacía y liderazgo alcanzado por México se fue desdibujando de la esfera regional, particularmente ante su obligado ingreso a mecanismos de tipo aperturista como el GATT, más tarde la Organización Mundial del Comercio (OMC), más adelante al Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), la Alianza para la Seguridad y la Prosperidad de América (ASPAN), el Plan Mesoamérica; los cuales hacen parte de los ejecución de los planes de acción hegemónica que ejerce Estados Unidos sobre su área natural de influencia, esa que considera su gran isla: el continente americano.

Bajo esa perspectiva, no cabe duda que la presencia de México en el que bien podría ser considerado su cercano extranjero, la región que comprende a los países que integran a Centroamérica y el Caribe, definitivamente ha sido relegada a otros actores con cierto peso político, económico y hasta militar, destacándose ya no solamente el papel hegemónico de Estados Unidos, sino que cada vez se hace más palpable la presencia de actores en competencia frente al hegemon como son China, Rusia, Irán, algunos europeos, sin soslayar a ciertos conglomerados empresariales, interesados en aprovechar las favorables condiciones geoestratégicas, bioceánicas, hídricas, petroleras, mineras y agrícolas, propias de un amplio conjunto de países que convergen precisamente en esa mencionada área colindante a México⁵⁶.

⁵⁵ Con respecto al tema venezolano, se sugiere el artículo de María del Pilar Ostos Cetina, "La geopolítica de Colombia en el siglo XXI. Perspectivas actuales sobre la seguridad en América Latina", en Edmundo Hernández-Vela Salgado (Editor), *Paz y seguridad y desarrollo*, México, FCPYS-UNAM, EDIMPRO, 2010, p. 279.

⁵⁶ Sobre la presencia actual de China en América Latina, se sugiere la lectura de texto de Guillermo Delamer, Lyle Goldstein, Jorge Eduardo Malena y Gabriela E. Porn, "Chinese interest in Latina America", en Paul Taylor (Editor), *Latina American Security Challenges. A Collaborative inquiry from North and South*, Newport, Naval War College, 2004, pp. 79-100.



El impulso de los *pochtecas* en la proyección geopolítica de México

En lo que respecta a esas variadas formas de proyectar los intereses de la nación mexicana allende de sus fronteras, cabe destacar también y de forma comparativa con el período prehispánico y el momento actual el quehacer de los llamados *pochtecas*. Esta clase de mercaderes reales que bien podría compararse en ciertos aspectos a la de empresarios mexicanos como Carlos Slim, cuyo emporio comercial ha logrado trascender del ámbito nacional al internacional a través de la ejecución de una serie de proyectos tanto en Centroamérica, el Caribe y Sudamérica, inicialmente en el campo de las telecomunicaciones, pero además en el desarrollo de importantes obras de infraestructura para la construcción de presas, carreteras, etc., los cuales han sido adelantados a título personal y de su empresa, situación que muestra las diferencias con el pasado prehispánico en el que precisamente los “mercaderes reales” eran considerados como agentes cuya misión consistía en hacer trascender los intereses imperiales de la autoridad mexicana hacia otras latitudes.

Desde esa perspectiva, la figura del *pochteca* o del mercader real, debería convertirse en ese modelo a seguir en los tiempos actuales. Convirtiéndose en un referente obligado entre la clase empresarial y las directrices que establezca el gobierno en turno, permitiendo que exista una coincidencia entre los intereses del Estado y lo que proyecten los empresarios tanto en el ámbito interno como externo. Una situación que en apariencia parecería difícil de concretar, ya que se trata en muchos de los casos de dos visiones opuestas en términos de los objetivos que cada actor persigue, sin embargo y retomando los casos estadounidense, alemán, francés, coreano, etc., cada uno de estos países con características de potencia ha venido implementado una interesante estrategia para encauzar los objetivos estatales con los empresariales, tal como se observa en el ámbito de la comercialización de automóviles, comenzando en ese mismo orden por la emblemática empresa Ford, Volkswagen, Renault y Daewoo.

Siguiendo a González Aguayo y a Daniel Gutiérrez, ambos autores logran destacar en la figura de los *pochtecas*, un amplio conjunto de habilidades que van más allá del imperativo de comerciantes, pero además viene acompañado del oficio de embajadores o diplomático, lo mismo que del papel de los llamados *tequihuas* o “espías disfrazados”, en su gran mayoría adiestrados en las afamadas escuelas de instrucción a la militar a las que acudían los miembros de la élite política como el Calmecac, pero también a las escuelas de guerra para los plebeyos conocidas con el nombre de *Telpochcalli*, sin dejar de lado la instrucción de los cuadros políticos de la época en la Casa de los Sacerdotes.

De ahí que el modelo de formación que siguieron los *pochtecas*, esa especie de guerreros-empresariales muy similares al estilo de los samurái japoneses, sólo es factible en la medida en que se consoliden aquellos centros destinados a la preparación doctrinal de quienes tengan en su poder la capacidad de decidir el destino del Estado-nación.

En ese mismo sentido, resulta importante revitalizar, actualizar y proyectar tanto interna como de manera internacional esos centros de altos estudios que como el Centro de Estudios Superiores Navales, el Colegio de Defensa Nacional, cada uno incorporado de manera respectiva a la Secretaría de Marina (SEMAR) y a la Secretaría de Defensa (SEDENA), además del Instituto Matías Romero, incorporado a la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE); puedan seguir cumpliendo con la misión de convertirse en verdaderos receptáculos de conocimiento para la formación de cuadros políticos en México, bajo el entendido de consolidar de forma coordinada y



armónica, un auténtico pensamiento doctrinal, el cual favorezca la conducción geopolítica que requiere del Estado mexicano.

De ahí que sea necesario generar todas aquellas condiciones que posibiliten la preparación adecuada de nuestro políticos, preferiblemente bajo criterios de índole estratégica como los que se muestran en la geopolítica prehispánica, época muy ejemplar y única, cuyos elementos tal como se reflexionó anteriormente, son los que permiten garantizar que México pueda retomar su papel como garante de sus intereses nacionales a partir de considerar su propio entorno geográfico, excediendo la perspectiva de sus relaciones hasta alcanzar un diámetro de 360 grados, lo que le evitaría seguir manteniendo una visión reduccionista de su política exterior y al mismo tiempo, intentar retomar su lugar en esa “silla” que no ha quedado vacía, sino que más bien resultó ocupada por otros, señalando el camino como en el pasado mexicano lo hiciera el “hombre águila”



Eso haría que tal como aconteció en el pasado prehispánico, México pudiera retomar su protagonismo y su supremacía al entrar en contacto con las Antillas, al volver de nueva cuenta a estrechar sus vínculos de amistad con la estratégica isla de Cuba, considerada además la puerta de entrada al golfo, al igual que con Puerto Rico, conocido en geopolítica como el “centinela del Mar Caribe”. Todo esto bajo un tipo de estrategia que le permita a México reforzar sus vínculos de cooperación académica, cultural y lingüística con las islas anglófonas, pero también de habla francesa y holandesa, en medio de ese interesante abanico de islas que yacen sobre la singular cartografía de la región del Caribe.

Eso implica entonces, volver como en el glorioso pasado prehispánico a convertirnos en los “fenicios del América”, en dignos herederos del legado maya. Un aspecto que atañe al quehacer mismo de nuestros marinos, pero también al de nuestra clase política, lo mismo que a las generaciones presente y futuras a quienes de nueva cuenta debemos volver a instruir pero bajo aquellos criterios inspirados en la grandeza que han marcado a este impresionante país, debemos volver a sentirnos orgullosos de la grandeza que ofrece el suelo mexicano, el lugar escogido por Huitzilopochtli, el lugar de destino donde reina por siempre el hombre águila.



BIBLIOGRAFIA

- Aramburu Enrique, "La talasopolítica: fundamentos de una disciplina", en *el Periódico del CEID*, Buenos Aires, Octubre-Diciembre, 2004.
- Borja Tamayo Arturo (comp.) *Interdependencia, cooperación y globalismo. Ensayos escogidos de Robert. O. Keohane*, México, Colección de Estudios Internacionales CIDE, 2005.
- Cairo Heriberto, "Territorialidad y fronteras del Estado-nación: las condiciones de la política de un mundo fragmentado", en la *Revista Política y Sociedad*, Madrid, No. 36, 2001.
- Celerier Pierre, *Geopolítica y geoestrategia*, Buenos Aires, Editorial Pleamar, 1983.
- Chavero Alfredo, *México a través de los siglos*, México, Editorial Cumbre, Tomo 1, 1967.
- Chauí Marilena, *Brasil. Mito fundador e sociedade autoritária*, Sao Paulo, Editora Fundacao Perseu Abramo, 2004.
- Delamer Guillermo, Goldstein Lyle, Malena Jorge Eduardo y E. Porn Gabriela, "Chinese interest in Latina America", en Paul Taylor (Editor), *Latina American Security Challenges. A Collaborative inquiry from North and South*, Newport, Naval War College, 2004.
- Esther Barbé, *Relaciones Internacionales*, Madrid, Editorial Tecnos, 2006.
- Estrabón, *Geografía Libros V-VII*, Madrid, Biblioteca clásica Gredos, 2001.
- Farrington Karen, *Atlas Histórico de las Religiones*, Madrid, Edimat libros, 2004.
- Florescano Enrique, *Historia de las historias de la nación mexicana*, México, Editorial Taurus pasado y presente, 2002.
- George Sabine, *Historia de la teoría política*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- González Aguayo Leopoldo, "reflexiones sobre las atapas geopolíticas y la política exterior: el modelo mexicano. Un ensayo de periodización de la geohistoria", en María de Consuelo Dávila Pérez y Rubén Cuellar Laureano (coord.); *La política exterior de México y sus nuevos desafíos*, México, UNAM-Plaza y Valdés, 2008.
- _____, "La geopolítica de América Latina", en *Revista Relaciones Internacionales*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, No. 56, octubre a diciembre, 1992.
- _____, "La Geopolítica en el planteamiento teórico-metodológico de las Relaciones Internacionales", en *Revista de Relaciones Internacionales*, México, FCPYS, UNAM, No. 74, Mayo –Agosto, 1997.
- González Ibarra Edgar Ezequiel, "La larga tradición geopolítica rusa. La evolución de sus escuelas, desde el imperio zarista hasta la conformación de la Federación Rusa", en CESNAV, *Fundamentos de Geopolítica. Visión y análisis*, México, CESNAV-UNAM, 2012.



Gutiérrez Santos Daniel, *Historia militar de México 1325-1810*, México, Ediciones Ateneo S.A., 1961.

Hans Kelsen, *Teoría general del derecho y del Estado*, México, UNAM, 1985.

Hermman Séller, *La Soberanía: contribución a la teoría del derecho estatal y del derecho internacional Soberanía*, México, Fondo de Cultura Económica- UNAM, 1995.

Humboldt Alejandro, *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*, México, Editorial Porrúa, 2002.

Johnson Paul, Estados Unidos. *La historia*, Barcelona, Liberduplex, 2001.

Krickerberg Walter, *Las antiguas culturas mexicanas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.

León-portilla Miguel, *Los Aztecas. Disquisiciones sobre un gentilicio*.
<http://www.ejournal.unam.mx/ecn/ecnahuatl31/ECN03113.pdf>

López de Gómara Francisco, *La conquista de México*, Madrid, Edición de José Luis de Rojas, 2000.

Lorenzo López Trigal y María Paz Benito del Pozo, *Geografía Política*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1999.

Landavazo Marco Antonio (Coord.), *Territorio, frontera y región en la historia de América. Siglos XVI al XX*, México, Editorial Porrúa, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2003.

Mackinder Harlford, "El pivote geográfico de la historia", en *Geopolítica (s) Revista de Estudios sobre espacio y poder*, Madrid, Universidad Complutense, Vol. 1, núm. 2., 2010.

Meira Mattos Carlos, *Geopolítica y teoría de las fronteras*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1997.

_____, *Brasil. Geopolítica e destino*, Rio de Janeiro, Livraria José Olympio Editora, 1979.

Menzies Gavin, 1421. *El año en que China descubrió el mundo*, Barcelona, Editorial Random House Mondadori, 2005

Milton Santos, *La naturaleza del espacio, técnicas y tiempo. Razón y emoción*, Barcelona, Ariel Geografía, 2000.

Moctezuma Barragán Pablo, *Moctezuma y el Anáhuac*, México, Editorial Limusa, 2004.

Ostos Cetina María del Pilar, "Aplicación de modelos geopolíticos en América latina: los casos de Brasil y Colombia", en CESNAV, *Fundamentos de Geopolítica. Visión y análisis*, México, CESNAV-UNAM, 2012.



_____, "La geopolítica de Colombia en el siglo XXI. Perspectivas actuales sobre la seguridad en América Latina", en Edmundo Hernández-Vela Salgado (Editor), *Paz y seguridad y desarrollo*, México, FCPYS-UNAM, EDIMPRO, 2010.

Randle Patricio H., *Soberanía global. Adonde lleva el mundialismo*, Buenos Aires, 1999.

Reyes Vayssade Martín (coord.), *Cartografía histórica de las islas mexicanas*, México, Secretaria de Gobernación, 1992.

Riva Palacios Vicente (coord.) *México a través de los siglos*, México, Editorial Cumbre, 1967.

Rivera Cabrieles Leticia, "El aniversario del Centro de Estudios Superiores Navales", en *Revista del Centro de Estudios Superiores Navales*, México, SEMAR, enero-marzo, 2010.

_____, "La Conquista de México: hechos militares. Problemas étnicos", en *Revista del Centro de Estudios Superiores Navales*, México, Secretaría de Marina-Armada de México, número 98, mayo-junio, 1996.

_____, "Estrategia política y militar en la conquista de la Gran Tenochtitlán", en *Revista del Centro de Estudios Superiores Navales*, México, Secretaría de Marina-Armada de México, número 1, 2007.

Romero María Eugenia, "La navegación en el mundo prehispánico", en *Gran Historia de México Ilustrada*, México, Coproducción de Planeta de Agostini-INAH-CONACULTA, Tomo 1, 2002.

_____ y Gurrola, Susana, "la navegación maya en el caribe mesoamericano", en *España y Nueva España: sus acciones transmarítimas*, México, INBA, Universidad Iberoamericana, Centro de Estudios de Historia de México.

Salvat, *Historia de México*, Barcelona, Salvat Editores, Tomo IV.

Secretaria de Marina, *Cuarenta años de historia del Centro de Estudios Superiores Navales 1970-2010*, México, Secretaria de Marina, CESNAV, 2010

Shele Linda y Freidel David, *Una selva de reyes. La asombrosa historia de los antiguos mayas*, México, Fondo de Cultura Económico, México, 2011.

Strausz-Hupé Robert, *Geopolítica. La lucha por el espacio y el poder*, México, Editorial Hermes.

Urrego Ardila Miguel Ángel, *La crisis del Estado Nacional en Colombia. Una perspectiva histórica*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2004.

Val Ross, *El asombroso camino de los mapas. Grandes historias de cartógrafos y exploradores*, Caracas, Los libros de El Nacional, 2005.

Vázquez Germán, *Origen de los Mexicanos*, Madrid, Historia 16, 1982.

Vivó Jorge (coord.), *México prehispánico*, México, Editorial Emma Hurtado, 1935.



Taylor Peter J., *Geografía política. Economía-mundo, Estado-nación y localidad*, Trama editorial, Madrid, 1994.

Datos Curriculares de la Autora

Dra. Maria del Pilar Ostos Cetina

Miembro del Sistema Nacional de Investigadores del Conacyt. Actualmente, docente e investigadora en el Centro de Estudios Superiores Navales (CESNAV) de la Secretaría de Marina Armada de México, impartiendo clases dentro de la Especialización en Geopolítica, la Maestría en Seguridad Nacional y la Maestría en Administración Naval.

Posdoctorante de la Coordinación de Humanidades en el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Doctora en Ciencias Políticas y Sociales con Orientación en Relaciones Internacionales de la misma universidad. Maestra en Estudios Internacionales por el Programa de Posgrado de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y Licenciada en Ciencias Políticas con énfasis en Relaciones Internacionales por la Pontificia Universidad Javeriana.

Amable lector, para atender sus dudas,
comentarios o sugerencias del presente texto, siga el siguiente link:

<http://www.cesnav.edu.mx/ININVESTAM/contacto.html>

El contenido de la presente publicación refleja los puntos de vista del autor,
que no necesariamente coinciden con la Secretaría de Marina - Armada de México.